REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXIX | San José, Costa Rica | **1934** | Sábado 18 de Agosto | Núm. 7

Año XVI. No. 695

SUMARIO

El pastor de cisnes

Por LEONARDO PENA

= *Colaboración.* - París, julio de 1934. =

A la muerte de Rubén Darío, acaecida en 1916, el gobierno de Nicaragua, que en vida del poeta lo abandonó a su suerte, enmurándolo en su total inadaptación del vivir, se apresuró a tributarle honores magníficos, como si la muerte, que hacía de él un vencido, hubiese hecho, al mismo tiempo, de él, un vencedor.

A los que tenemos motivos de queja de nuestras patrias respectivas, ni siquiera nos quedó el consuelo de poder condenar aquel tardío **mea-culpa** — ostentoso y gesticulante como el grito de las lloronas de antaño—pues, al obrar como obró, la patria del poeta no hizo sino encajar sus pasos sobre la inepta y monstruosa tradición. ¿Es que España obró de otra manera con su Cervantes? ¿E Inglaterra con su Shakespeare? ¿Y Holanda con su Rembrandt? ¿Y Alemania con su Beethoven? Y ¿es que la Francia misma, a pesar de su extraordinario espíritu crítico, no ha obrado de manera idéntica con sus más originales y graciosos espíritus: Fragonard, Watteau, Chardin, Stendhal, Delacroix, Carpeaux, Baudelaire, Rodin y Varlaine?

Ciertamente que un pueblo no necesita ni poetas, ni músicos, ni artistas para vivir y ser feliz; pero, sí, los necesita para ser grande y perdurar. ¿Qué nos queda de esos tristes imperios asiáticos, que presos del miserable deseo de construir sobre el solo momento presente, parecieron ignora el luminoso y cantante milagro del arte? Apenas el recuerdo de unos cuantos filamentos de poesía viviente: los jardines suspendidos de Semíramis; la biblioteca de rojos ladrillos grabados del rey Assourbanipal; el bárbaro palacio de Astajerjes con sus terrazas superpuestas, etc., etc. ¿Qué nos queda de Israel, fuera de su raza, que es un anacronismo y un milagro? Un poema: la Biblia y una religión: la católica; productos ambos del dios celoso que todo creyente lleva, encendido, en su interior y que, al volcarse, le prende de fuego al alma toda entera. Y de Grecia ¿qué nos queda? ¿Y de Roma? Sólo el producto de sus poetas, de sus dra-



El busto en bronce de *Rubén Darío*, que conjuntamente con el busto de *Rodó*, — obras ambas del delicado escultor uruguayo, señor *Pablo Mañé*—fué inaugurado por la Municipalidad de París, el día 30 de julio del presente año, en una plaza pública de la gran ciudad.

(Envío de *Leonardo Pena*.)

maturgos, de sus historiadores, de sus escultores y de sus arquitectos. Los pueblos que como Cartago sólo supieron vivir, sin inquietarse de la ensoñación humana, han sido total y definitivamente devorados por la muerte. Y ¿es que el orgullo de todo español no consiste en pertenecer a la raza que ha sido capaz de engendrar a Cervantes, a Calderón y a Velázquez? Y el orgullo de todo inglés ¿no consiste en pertenecer a la nación que ha sido capaz de producir a Shakespeare? Y el orgullo de todo alemán ¿no consiste en pertenecer al país que ha sido capaz de dar vida a Goethe y a Beethoven? Y el orgullo de todo ruso ¿no consiste en pertenecer a la tierra que ha sido capaz de concebir a Tolstoy y a Dostoiewsky? Y si las viejas razas europeas, en su lacerante desprecio por el maquinismo norteamericano, no osan llamar "bárbaros" a los yanquis, es porque ellos han sido capaces de dar a luz un Poe y un Walt Whitman. Y bien: la América española ha sido también capaz de engendrar un poeta de una potencia lírica no inferior a la de ningún poeta de la tierra—si se exceptúa, acaso, al inmenso Job y al divino David—lo que ha hecho de él, el poeta integral de la raza, el poeta mximo del habla castellana.

El sueño de los poetas es liviano: basta la proximidad de la más ligera sombra humana, para que el milagro de la resurrección se realice. Y como en vida no han hecho sino gobernar las voces del espacio—voces que ellos han escuchado, largo tiempo, antes de darles una existencia, según su alma — no tardan, reanudando su oficio divino, en exponer sobre las primaverales praderas de sus estrofas, la pedrería húmeda de sus decires y de su sentir, ya que al invocar la belleza, ellos no tienen otro anhelo que crear emociones que vayan a conmovernos el corazón. Y dado que los sentimientos no son inmortales sino en razón de la voz que los emite, aquellos de entre los poetas que han penetrado más hondamente en el arte, son los que alcanzan la melodía más pura y transparente; tan transparente, a veces, y tan pura, que sus líneas temblorosas se desvanecen en los confines del reino interior. Es entonces cuando, ciegos de ensueño y locos de armonía, decimos de un poeta que, leyéndolo, nos ha hecho vivir y morir. A una tal zona poética pertenecen, en la literatura moderna, Shelley, Verlaine y Darío. Mecidos por su propia belleza, ellos son como símbolos de luz, pues, al apoyo de imágenes vivientes, han realizado el sueño que dormita en el fondo de cada corazón. Porque si el poeta tiene una justificación es la de transformarse en el signo del Hombre mismo, para así poder perseguir la noche y sofocarla, como Teseo, hasta en sus más recónditas guaridas.

El estudio que Rubén Darío se merece, no ha sido escrito aún, ni posible-

mente lo será jamás, pues, para ello sería menester esa ligera e incomparable penetración lírica y psicológica que hace de los franceses los primeros ensayistas de la tierra, y que ningún escritor de habla castellana ha poseído. Para tratar a Rubén Darío serían necesarios dedos de seda o de vibrante cristal, y la anquilosada mentalidad hispánica sólo nos ofrece los rudos dedos de Menéndez y Pelayo, o los dedos embotados de don Juan Valera, o los dedos fibrosos de Rodó. Y, sin embargo, una excursión a través de la obra de Darío, no deja de procurar una de las más puras alegrías que pueda proporcionarnos un poeta; la de abordarlo con el alma intacta, sin que ningún comentario, ni ninguna interpretación, ni ninguna literatura, vengan a turbar la limpidez de nuestra emoción estética, como nos acontece con los grandes poetas. Así, a medida que avanzamos en la radiosa exploración, las estrofas irreveladas vienen hacia nosotros como las olas de un mar tranquilo, empujadas por un ritmo lento, poderoso y regular, aportándonos mil chispas irisadas que nos rodean de una sola y estremecida llama... Encegueciidos cerramos, por momentos, los ojos, para abrirlos luego en el ansia de descubrir los heroicos signos de luz, que brotando de ese algo vago, inmenso y desconocido, que semeja un brotar de aurora y que es la belleza, van a conducirnos hasta el alma misma del poeta. (El alma del poeta ha penetrado tan hondamente en su propia obra, que se ha quedado cautiva en ella, sin otra comunicación con el mundo exterior, que aquéllas que realiza por las troneras de su arte soberano). Y como la belleza, que es la sola sobrehumana y la sola pura, no nos es revelada sino en la medida en que somos capaces de sentirla, henos aquí penetrados de fervor para hacernos dignos de tan alta comunión.

Dotado de un alma creatriz, alma alimentada de infancia, de ensueño, de belleza, de gracia y de cruento dolor interior; de un corazón tremendamente intoxicado con la celeste droga que todo poeta absorbe en la mañana de su destino, y de una prodigiosa y viviente fantasía, Rubén Darío fué Pan en la flauta y Apolo en la lira. El llamó "liróforo celeste" a Verlaine. Sin desconocer la justeza del concepto, podríamos, con igual justicia, llamar "liróforo divino" a Darío, pues, ningún secreto del canto órfico le quedó ignorado, alcanzando, con su música de perdición, las más altas cimas de la inspiración humana.

De una complejidad extraña, en la que se mezcla la languidez soñadora y el perfume persistente de los trópicos, la pedrería deslumbrante del Oriente, la luz divinamente tamizada del Acrópolis, la arrogancia hechicera de los claveles y el real blancor de los lises, su poesía no tiene, dentro de la belleza castellana, otra semejanza que con la sustanciación mística del siglo XV. Es una poesía que hace pensar en el **Cantar de los Cantares** y en el **Jardín de las Rosas**; poesía bíblica a causa de los proféticos salmos que encierra y persa a causa del temblor de su belleza y de la humildad de su perfección. Y beethoveniana a causa de sus finales, que revisten, a veces, la cadencia de un destino en regresión.

Bien que, en un principio, Darío recurriese a tácticas e ideologías extranjeras, no tardó en alcanzar una cautivante originalidad, creándose un lenguaje propio y matizado, capaz de expresar todas las subtilidades del alma moderna; lenguaje de una ductilidad tal y de una tal espontaneidad, que la expresión rara y soberanamente aristocrática, brota, alada, de la rutilancia de sus versos, obteniendo efectos musicales hasta entonces desconocidos en la lengua castellana. Trabando inmortalmente la melodía innumerable a la sagrada misión de las altas reglas—sus fórmulas vienen del fondo mismo del clasicismo — todo aparece concertado, en su deslumbradora floración, para establecer la unánime armonía; es que Darío, como Ronsard, fué un renovador instintivo. Por las venas de sus versos corre la más pura miel del Himeto y en el maravilloso cuerpo de sus estrofas, se transparenta una dulce, una sabia y terrible desnudez de mujer. Plásticamente su poesía, que en ningún momento da la sensación de arte deliberadamente cuidado, es perfecta como la poesía de Keats.

Pero, sería erróneo atribuir sólo a la forma el placer que su canto nos produce. Su lirismo aparece penetrado de inteligencia, siendo un objeto de maravilla la simplicidad con que colma de prestigio, de nobleza, de vida y de sentido profundo, cuanto toca. Para encontrar un poeta de su valor intelectual, es preciso remontar hasta Ronsard, o hasta el noble y elegante cantar latino, o hasta la gracia adolescente de la bucólica griega, tan versada en perfección. Rubén Darío es inteligente como lo es Shakespeare en sus sonetos, como lo es Santa Teresa en la azorada realidad de su sueño místico, como lo es Cervantes en el vuelo de su ingenio, como lo es Montaigne en la gracia de su razón. Y es sabio como Raimundo Lulio y milagroso como Góngora y profundo como Quevedo y exacto como Fray Luis de León y sutil como el Arcipreste de Hita. Y es mágico como ninguno, pues, habiéndose internado, por el camino preciso, individual y turbado de la poesía, más lejos que San Juan de la Cruz, ha sido casi único en recibir la ecuménica convocación del espíritu.

Lírico múltiple, después de haber alcanzado la perfección artística en **Prosas Profanas**, alcanzó la perfección humana en **Cantos de Vida y de Esperanza**, sin que las traslúcidas alas de su arte—alas de mariposa y de querubín—perdiesen el polvo de oro y azul de sus escamas. De acuerdo con la augusta simplicidad de la vida y olvidando casi la quemante visión pagana, su poesía adquirió, de súbito, ese acento interior que es el carácter de toda verdadera poesía, adivinándose, a veces, en ella, el rumor discontinuo que exhalan las voces ahogadas en las profundidades y el grito desgarrador del hombre que se encuentra cara a cara con la vida. Y conjuntamente con el poeta humano, nació en él el poeta sentimental y nacional.

Hablando de Darío, Rodó dijo, con una falta absoluta de visión profética y, lo que es peor, de visión estética: "El no es el poeta de América". Siendo el poeta epónimo de nuestro Continente, el aeda de la raza, forzosamente tenía que ser su más alta conciencia y, por consiguiente, su representante natural. Así, en cuanto las palpitaciones de su tierra subieron hasta él, su voz universal les dió una expresión y un sentido continental. Sus **Cantos de Vida y de Esperanza,** que no son más que cantos de amor y de fe, aparecen henchidos de las aspiraciones del Nuevo Mundo y de las sugestiones de la raza, dejando transparentar en algunos de sus poemas — en **Los Cisnes** y en su **Oda a Roosevelt**, especialmente—sus preocupaciones espirituales ante el pavoroso y funambu-

lesco enigma que significa el destino de nuestra América inferior.

Rubén Darío fué, a pesar de la extrema simplicidad de su espíritu, todo contradicción y todo complejidad. Producto de la lujosa naturaleza de los trópicos y con un fuerte acarreo de sangre india en las venas, fué el más ilustre y exquisito evocador de las edades galantes y versallescas; quemado por aventurosas divinidades, apareció ávido de esas iniciaciones esotéricas que, de pronto, se hacen peligrosas en su secreto esplendor; materialista casi, vivió lleno de los terrores del más allá, preguntándose, angustiado, de dónde venía el milagro cotidiano de su canto—un ruiseñor que se oía cantar—y a dónde iba el cotidiano milagro de su vida—un cisne que se veía vivir; cristiano sin fe verdadera, se sintió atormentado por las más febriles inquietudes metafísicas, sintiendo que el abismo que sentía con mayor fuerza, era el abismo que sentía dentro de sí. La vida era para él como una tremenda quemadura, de la cual él trataba en vano, de alejar el superfluo dolor. Y entonces gritaba, loco de sí mismo:—"Estoy loco de tanto ignorar".

Desesperadamente ávido de pureza y arrastrando consigo el lastre voraz de una carne terriblemente carnal—la carne, a pesar de todo inspira, como un ángel triste, toda música y toda poesía —su existencia conoció el asalto de las más eróticas formas del deseo. Y como todo lo que nuestro deseo contiene, no tarda en hacerse inmenso, helo ahí envuelto por la savia desatinada, como por la camisola de una marea irresistible. Desbordado, a veces, por el resplandor moral, él levantaba, con sombría violencia, su gran frente sin valor; pero, sintiéndose prisionero de sus instintos, no tardaba en comprender la inutildad de la lucha, lo que lo hacía concebir un torturante desprecio por su propia debilidad. Y gemía: "El dulce corazón mío, ha sido llenado de amargura por el mundo, el demonio y la carne". Sin embargo, dado que la vida no es más que una sombra perseguida por una sombra, él tuvo razón en librar la mejor parte de sí mismo, a los amores terrestres, pues, no hay más que la mujer que encante y desespere la vida del hombre. Y toda vida. El salón más elegante, el paisaje más benigno, el más misericordioso claro de luna y el más impecable horizonte marítimo, adquieren, a nuestros ojos, un prestigio inusitado, desde que tomamos posesión de ellos en compañía de una mujer. La mujer es así hecha: belleza que agrega belleza a toda belleza. Y ello puede observarse hasta en el recuerdo de las grandes vidas. Toda existencia no impregnada de mujer, deja tras de sí una estela de gravedad, de austeridad y de dureza ignorada en la vida de los genios amorosos. Así ¡qué aridez desconcertante en torno de Lucrecio, de Voltaire, de Schiller y de Barrés! En cambio ¡qué dulzura en la memoria de Ovidio, del Petrarca, del Tasso, de Byron, de Chateaubriand y de Musset! Y el Dante mismo, que es el más severo de los poetas y que ha cantado el más sombrío de los poemas ¿no lleva consigo la más tierna de las justificaciones por haberse acogido al suave regazo de Beatriz? ¡Cómo comprendemos, pues, la plural y celeste historia de tu corazón, oh Rubén!

Desarmado ante la ceguera atroz del destino y ante la atroz indiferencia de los hombres, Rubén Darío hiló su existencia con un miedo quemante, sin otra arma que la poesía, coraza de mil puntas cruentas, y sin otro resarcimiento que la ebriedad que procura la lucha cuando la belleza se obstina en vencer. Seguro de su fuerte corazón—si el poeta sufre de algo, es de no amar—él aspiraba a esparcir sobre la tierra la belleza y la bondad, porque mientras el corazón del común de los hombres, no es más que arena árida, algas putrefactas y madréporas dejadas en descubierto por la triste marea del desengaño, el corazón del poeta, húmedo aun con el rocío de los sueños, continúa su vuelo vertiginoso a través de las maravillas del sentir. Y al contacto de su fiebre, las cosas parecen temblar con una belleza nueva, en la armonía del universal amor; es que si los amantes hacen del sueño una llama, los poetas hacen de él, una luz.

Darío tuvo todos los pecados de la carne; pero, ninguno de los pecados del espíritu. Si hubo un alma leal, sincera, generosa y desprendida, fué la suya. Jamás ella fué turbada por un cálculo avieso o por un bajo pensar. Hacer de su alma una estrella y una fuente sonora: he ahí su sueño. Sus errores fueron, pues, simplemente, los traspiés de un ciego divino. Como Villón. Como Baudelaire. Como Verlaine.

Hoy que Rubén Darío boga en la nave negra, bajo el ligero silencio de las auroras desconocidas, podemos decir lúcidamente el alcance de su secreta y prodigiosa melodía, que siguiendo la estela de los ángeles, centellea como una constelación, en el cielo del arte... Y nada es capaz de darnos una más acabada y perfecta idea de las divinas fórmulas con que el hombre cobija, cada vez que puede, la Santa Belleza

Cuentos nuevos

Por ROMULO TOVAR

= *Colaboración.* - San José, Costa Rica, Julio de 1934. =

La carretera

Joaquín Arrieta tenía una casa de tablas y caña; tenía un pequeño cañaveral y un potrerito; una vaca, una yunta de bueyes, una carreta y una mujer; tres hijas y un hijo. De éste decía el padre con cierto dejo desconcertante: "sólo polecía quiere ser". Tal es el inventario de los bienes de Joaquín Arrieta. Su buen y modesto vivir lo sacaba de la yuntilla de bueyes: hacía viajes a Grecia y a San José y estaba contento.

Vino la cosa de las carreteras. Unos hombres estuvieron por el potrerillo y el cañal.

—El único pedacito bueno de tierra que tenemos nos lo van a quitar — decía la esposa de Arrieta muy compungida. Y vea usted, es cuasi el mejor pedacito de tierra que hay aquí—agregaba tristemente. Quería comprarlo don Jaime.

Efectivamente, vinieron otra vez los mismos hombres; tumbaron las cercas, midieron el terreno con unos aparatos muy raros, parecen con sus tamañas patas largas, unos gigantescos zancudos; levantaron un plano y en la Jefatura Política hicieron que Joaquín Arrieta firmara unos papeles. Le compraron la faja necesaria para el camino en ciento veinticinco colones y nueve centavos; salía la vara a diez.

—¡Ave María, qué ingratitud; cómo se lo comen a uno porque no se defien-

de!—comentaba la vieja.

Y pasó la carretera flamante. Allá viene la carretera flamante haciendo bellas curvas por las laderas de montes y potreros. Ahora pasa frente a la casa de Joaquín Arrieta y sigue adelante como llena de ansiedades.

Comenzaron a pasar los automóviles por la carretera. Los "chunches", los llamaban las muchachas. Uh! Uh! En la noche era bonito verlos deslizarse por las distantes curvas: con sus grandes ojos luminosos parecían unos inmensos abejones en un vuelo loco. Era bonito ver los reflejos de sus lámparas extenderse como unos abanicos de oro sobre los oscuros sembradíos. Los árboles adquirían formas raras y fantásticas. Iban y venían como en una constante fiesta. A veces las gentes que los ocupaban iban cantando. Se oían dulces voces de mujeres. Era el advenimiento de la nueva edad.

—Mataron la vaca de Juan Viñdas.—Así es, la mató un auto. Las gentes se alarmaron. La vaca era muy hermosa. En el viejo tiempo dirían que valía tres onzas.

Otro día mataron una chanchita parida. De gallinas no se diga.

—Oh, chunches del diablo—decía indignada la esposa de Joaquín Arrieta.

Comenzaron a pasar los camiones cargados de café, de verduras, de tarros de leche, de piñas de Tacares, de azúcar de Grecia, de dulce de Poás.

—¿Y pa qué sirven ora las carreteras?—se preguntaba fuera de sí la vieja Arrieta. "Ya no sirven pa nada". Y las carreteras ya no servían para nada. Días largos se pasaban los bueyes en lo que quedó del potrerillo, comiéndose la poca yerbecita que allí había, y la caña del cañaveral Ya ni siquiera servían las carretas para ir a las fiestas de Barba o de San Antonio de Belén. La gente iba en camiones o en carros.

Joaquín Arrieta se dijo un día:

—Será mejor vender la carreta y los bueyes.

Lo aprobó la esposa; lo aprobaron las hijas y el hijo. ¡Cómo son los tiempos! Llevó los bueyes al mercado. Los regaló, esta es la palabra. Los bueyes no tenían precio ya. Los compraron para matarlos. Piensen ustedes como saldría Joaquín Arrieta de sus bueyecitos! También vendió la carreta. Y Joaquín contemplaba con campesina tristeza en las tardes de lluvia el lugar vacío en donde estuvo la carreta y donde rumiaban los bueyes cansados. De este modo se fué acabando la hacienda de Joaquín Arrieta.

Pasaba en un carro de "chófer" un negro, no tan negro como los negros de Jamaica, pero negro al fin. Negro requetenegro, con el pelo **pasuzo** (1). Dió en sonreírle a las muchachas de Arrieta y la vieja decía:

—Negro maldito, no me hace gracia. Cada vez que se acercaba el carro a la casa de Joaquín Arriet sonaba la corneta: uh... uh... uh., uh., uh., provocativo.

—Por algo es—observaba una bruja, vecina de los Arrieta.

La segunda hija de Joaquín era una buena moza, moza fermosa. De buen color, de cabellera rubia, de ojos vivos y rientes. Se enamoró del negro chófer y éste, contra la voluntad de los padres y con gran tristeza para ellos, se la robó una noche. Verdad es que "endespués" se casaron, pero ya pa qué. Se dió el escándalo. Humillaron al pobre y honrado Joaquín y sufrió la raza.

—Negro de los infiernos—lloraba la madre Arrieta.

Pero el negro era insinuante y ladino. Se fué metiendo en la familia. Y además, era chófer de unos alemanes. Se ganó al hijo. Lo llevaba en el carro de aquí para allá. Le enseñó a ser chófer. También lo inició en los secretos de la vida nocturna de los alrededores del mercado. Por último se fué de la casa, el hijo.

—Este negro sólo desgracias nos trae.

Al tiempo volvió enfermo el hijo pródigo. Cuando se medio curó le dijo un día a la madre:

—Si yo pudiera comprar un carro! Vea, mama, se gana mucho dinero. En una sola noche se puede ganar uno hasta cien colones. E hizo cuentas y más cuentas y resultaba una fortuna.

Y el santo de Joaquín Arrieta compró un carro. Era un fotinguillo usado: con un kilometraje bárbaro. Para pagarlo se hipotecó la casilla. Y allá va el hijo mayor de Joaquín Arrieta en el carro, también sonando la corneta: Uh., Uh., por las bellas curvas de la carretera. Para algo han de servir las carreteras.

Los Arrietas tuvieron días de orgullo. Eso del olor de la gasolina y de las llantas Michelin que estallan como una bomba y eso del volante y de los frenos y del arrancar y no arrancar, era un nuevo lenguaje que sólo los Arrieta podían usar como cosa propia en el pueblo. También la vieja Arrieta se familiarizó con el viajar en auto. El muchacho aprendió a sonar la corneta cuando pasaba frente a los grupos de piloncitos rurales en las tardes domingueras.

Pero estallan las llantas, se gasta la gasolina inútilmente, el chófer Arrieta se gasta, a su vez, la plata. La mayor parte de las noches se quedaba a dormir en San José. Por último, después de unos dos o tres choques, hubo que guardar el auto, el cual fué llevado al improvisado garage de los Arrieta, por una yunta de bueyes, acaso la última que quedaba en el pueblo para servicios domésticos. Allí está el auto, no como un buey cansado, sino como un catafalco viejo. De nada sirve. Allí está como un símbolo de la fatalidad que llevó el negro yerno a la casa de los humildes Arrietas. Hubo que entregar la casita. El carro no dió ni para sus propios gastos.

—Así tenía que ser—decía sabiamente el ya viejo Joaquín, cuando pensaba en estas cosas y le daba por filosofar. En las tardes campesinas se entretenía con la dejadez de un perro aburrido, con sus nietecitos. Las otras dos hijas se habían casado también. Pero los nietecitos negros tenían un extraño atractivo. Los otros chiquillos de la escuela les decían:

—Gurbay,—pa verlos chivas. Pero los querían, como con lástima.

Y si se le preguntaba a Joaquín Arrieta, jornalero ahora:

—¿Y qué hay de la carretera, conviene eso?

Contestaba con un dejo de imprecación:

—Eso es un gato!

(1) *Pasudo*, en Venezuela y Colombia.

EL VOTO FEMENINO

Se está ya en pleno régimen de voto femenino. Después de algunas algazaras en el Congreso y en la prensa, pasó la ley que permite el voto a la mujer. Nada cambió por supuesto. Al día siguiente de aprobada la ley, las mujeres siguieron siendo mujeres. Algunos ilusos e imaginativos creyeron que sucedería algo extraordinario. Todo continuó su ritmo monótono. Pero se acercaron las elecciones de diputados y se organizaron ciertos partidos que pretendieron conquistar puestos en la Cámara. Entre otros, una cosa como el partido católico. Elizabet pertenecía a este partido. Era líder. Hablaba en público, o mejor dicho, gritaba. Se hacía oír, sin embargo. Era una bella mujer. Efectivamente llegó a ejercer prominente influencia en su causa. Esto de la prominente influencia es una expresión política que nada significa en el fondo. Elizabet era la Juana de Arco de su partido. Pero una Juana de Arco no intuitiva, sino reflexiva, calculadora, de poderosa razón. Hay que admitir que de ella dependía en gran parte el éxito de su grupo.

———

Ahora Elizabet toma el té en casa de la Sra. Dupont. Está allí Mister Gregory. Este es un americano de buen humor. Dirige o explota las minas del Aguacate. Se han encontrado nuevas vetas riquísimas. Está la señora de Eva, esposa de un caballero colombiano, muy inteligente la señora Eva y muy tonto él. Se habla de muchas cosas, se habla del voto femenino. Mr. Gregory dice:

—No ser útil eso. Nada práctico.

La señora Eva observa:

—Verá usted. Elizabet arrollará a todos sus enemigos.

—Y al demonio, lo arrollará? — pregunta sarcásticamente Mr. Gregory.

—No siendo tan pesado como usted, Mr. Gregory, — dice la señora Eva, quien se gastaba bromas con el americano.

———

Estaba sonando una música de orquesta en la radio. Muy interesante. Algo ro-

mántica. Schumann. Dice Mr. Gregory.

—Oh, eso es muy triste. — Se volvió hacia Elizabet muy amable y le preguntó:

—¿Le gusta a usted eso?

Elizabet dijo:

—Encantada.

—Ah, ¿entonces usted es romántica?— observó Mr. Gregory.

—Está romántica,—dijo la señora Eva.

Mr. Gregory sabía algo. Sabía algo de su ingeniero, el joven Randolph, también americano. Un joven moderno. Ahora estaba en las minas.

Se volvió al tema del voto.

Mr. Gregory:

—Será lo mismo...

La señora Eva:

—Por lo menos no se venderán los votantes.

Mr. Gregory:

—Oh, hay muchos medios de interesar a los votantes.

En esto sonó el teléfono. Llamaban del club central a Elizabet. Le preguntaron algo. Espléndida mujer de pie. Toda una mujer. Una gloria femenina como diría un vanguardista. El cónsul chileno la contempló con orgullo.

—Persona importante—dice Mr. Gregory.

Elizabet rió con una carcajada femenina y calculada.

Mr. Gregory se puso de pie. Parecía haber encontrado una idea nueva

—Le apuesto mi casa a que usted pierde las elecciones.

Hubo una conmoción general. Quedó concertada la apuesta. Mr. Gregory escribió el compromiso en un papelito muy fino que arrolló en forma de cigarro y lo guarneció con un hermoso anillo de brillante africano. Lo dió a Elizabet diciéndole:

—Esta es la escritura de la casa.

Dos meses después el movimiento político había llegado a su climax. Hojas sueltas, ovaciones nocturnas, discursos candentes. Grande agitación. El próximo domingo eran las elecciones. Hay que suponer a Elizabet dirigiendo su causa. Cartas, telegramas, notas, etc., etc. Hubo encuentros entre los grupos. Hubo heridos. Hubo protestas contra el gobierno.

A las doce de la noche del sábado sonaron las sirenas de alarma de los rotativos. En las pizarras de éstos se dió la noticia. Acababa de hundirse un socavón de la mina del Aguacate y habían quedado dentro el ingeniero Randolph y diez hombres. Un telefonazo. Elizabet creyó que le anunciaban una revolución. Miguel, hermano suyo, estaba a su lado. Había un revólver sobre la mesa. Elizabet quedó como aturdida. .

—¿Qué pasa?—preguntó Miguel.

Elizabet no podía hablar. Miguel se acercó al teléfono. Llamó a la central y le dieron la noticia. A las cuatro de la mañana salió el primer tren de socorro. Elizabet iba en él con su hermano Miguel; vestía un traje de montar a la americana, color kaki. Cuando llegaron a la mina había un gran movimiento de gente. Pero en la alarma no advirtió ningún signo que revelara un estado de angustia. Sólo dos hombres había heridos. Mr. Gregory se llevó a Elizabet a su despacho y dándole un fuerte abrazo paternal le dijo:

—Es usted mi prisionera hoy.

—¿Y Mr. Randolph? — preguntó ella, casi conmovida.

—Muerto... de risa.

—Es una infamia, Mr. Gregory.—gritó Elizabet.

Randolph abrió una puertecilla de cristal. Grande, fuerte, sonriente, dominador, el joven Randolph.

A las seis de la tarde se recibieron las primeras noticias de las elecciones: el gobierno había barrido. Esta es la expresión usual. El partido católico no pudo movilizar sus huestes debido a la ausencia de su lider. Al menos esto creían ellos, los del partido.

Mr. Gregory rompió una botella de champaña por el triunfo del gobierno, y por el voto femenino.

EL BANQUERO ANASTASIO

El banquero Anastasio Horeg es una personalidad. Su firma vale tres millones. Su Banco es el más fuerte del país. Enorme edificio de líneas modernas. Grandes puertas de hierro; rejas por todas partes y timbres de alarma. Anastasio Horeg vive en hermosa casa de mármol. Muchos globos eléctricos. Numerosas columnas. Se piensa en el templo de Salomón. Anastasio es ilustrado y es ilustre. Figura en todos los movimientos sociales de beneficencia pública; figura en las listas de los turnos de la parroquia. Si una iglesia introduce unas nuevas campanas, él es también un padrino de rigor: siempre extiende un cheque de no menos de mil colones. Es bueno, es amable, es banquero. Los periódicos publican a diario su retrato: si se va del país, si regresa, si cumple años, si se le muere un pariente, si nace un nieto, si hace una obra de caridad. Todos conocemos el retrato de Anastasio Horeg y cuando tenemos malos sueños, soñamos con él.

Anastasio está escuchando el discurso del profeta Bienvenido Jadarana. ¿Será un verdadero profeta Jadarana? ¿No será uno de esos profetas que se dicen venir en nombre del Señor y a quienes el Señor no conoce? Señor, Señor, me llamarán, en tu nombre expulsamos los demonios. No es cierto: no han podido expulsar a ningún demonio. El Señor no les ha dado autoridad para ello. Pero seduce el profeta Jadarana: palabra persuasiva, insinuante. Las gentes le escuchan casi con éxtasis místico. Anastasio escucha al profeta Jadarana. La riqueza—dice éste—es un pecado social. Es la consagración de la injusticia. Disgusta a Dios. El rico tiene albergue y al pobre lo azota el viento de la noche. El rico tiene su mesa llena y el lujo del pobre es el hambre; el rico lleva vestidos de seda a sus suntuosas fiestas y el pobre está desnudo en las celdas frías de las ignominiosas cárceles. El rico llamará al corazón del Señor y no encontrará otra respuesta que un silencio condenatorio.

Anastasio se angustia. Se siente mal en el espectáculo. ¿Se habrá enterado el profeta de que él está allí? ¿Se dirigirán a él tales palabras conminatorias? Anastasio sufre. Mientras regresa a su casa de mármol, repleta de globos eléctricos, piensa con dolor: ¿entonces estoy sembrando la reprensión en el corazón del Señor? Se recogió en su suntuoso lecho y tuvo un sueño trágico. Soñó que toda su riqueza se había convertido en un inmenso lodazal y él lo atravesaba con los pies descalzos. Se iba hundiendo poco a poco; se iba hundiendo. Dios mío! Dios mío!—gritó estentóreamente y despertó de su sueño. No pudo dormirse nuevamente. Era de madrugada. Se levantó. Se envolvió en una pijama o bata de lana. Se sentó cerca de la ventana que daba a las montañas y allá en un repliegue de ellas vió una cabaña iluminada. ¿Sería verdad o ilusión? ¿Seguiría soñando? Muy temprano vinieron unos hombres a anunciarle que una pobre mujer, que vivía en la cabaña, acaba de dar a luz un niño. Como él era rico y protegido por Dios...

A la tercera noche el profeta Jadarana dió otra conferencia sobre el gobier-

no de la riqueza. El banquero Anastasio estaba allí, escuchando al profeta. Este habló en otro sentido esa noche. Habló del gobierno de la riqueza: la riqueza debe estar en ciertas manos para ser manejada con discreción. Entonces la riqueza es útil. He aquí la influencia del Destino. Por eso hay el rico y el pobre. Según el Destino, el pobre no sabe manejar la riqueza y el Señor no se la da. Según el Destino solamente el rico sabe manejar la riqueza del mundo. Por eso existe Rockefeller. Para manejar la riqueza del mundo. Anastasio se siente hoy consolado en su angustia. Y esa noche tuvo un nuevo sueño. Soñó que su casa de mármol tenía numerosas puertas y que frente a cada una de ellas había grupos de pobres. Cómo le complacía esto en sueños. Fué de puerta en puerta y los criados llevaban una canasta repleta de pan. Y Anastasio daba pan a los pobres. Pero he aquí que llegó a una puerta en donde no había pobres sino Angeles. ¿Angeles? ¡Qué bello espectáculo! La canasta estaba vacía. Pero se necesitaba ser un simple para no comprender que los ángeles no necesitaban del pan de su canasta. ¿Qué buscaban ellos? ¿El dinero de su Banco? Se despertó de pronto. Y al recordar el sueño tuvo un estremecimiento. Los ángeles no iban por el pan de su casa ni por el dinero de su Banco. Iban por su alma. Y este carácter simbólico del sueño que alguien se lo había revelado en su propio interior, lo llenó de espanto. Llamó a su abogado e hizo su testamento y adquirió o adoptó una nueva costumbre: cada mañana se llenaba los bolsillos de su vestido con un par de colones en menudo y se venía a pie al Banco. Se fué haciendo popular. Se apostaba mucha gente miserable a lo largo del camino por donde él tenía que pasar. Sabían que les bastaba con extender la mano para recibir una moneda de cobre de cinco céntimos. Un día no bajó al Banco el banquero Anastasio Horeg. Las gentes se decían: ¿qué le habrá sucedido?

Le había sucedido una cosa muy sencilla: a causa del reuma, tuvo que volver a usar el automóvil. Llegó al convencimiento de que no se moriría durante muchos años y que le sobraba tiempo para hacer caridad.

Y Anastasio Horeg no podía morirse efectivamente: Una de dos: o el Señor lo tenía aquí cuidando de la riqueza social o el Señor no quería llevarse esa peste. Nadie conoce los designios de Dios, decía él con inmensa sabiduría.

Estampas

Estamos con los trabajadores de la zona atlántica

De una realidad vieja desconocida del costarricense

Por JUAN DEL CAMINO

= *Colaboración* =

Los trabajadores de la región atlántica están en huelga y el acontecimiento no puede serle indiferente a nadie que tenga conciencia de lo que esa región pesa en la vida independiente del país. Este movimiento obrero de hoy podrá ser nulo en beneficios para la clase trabajadora, podrá también volverse fecundo y señalar así el comienzo de muchas reivindicaciones no sólo para esa clase sino para la nación. No importa el resultado si la huelga hace reflexionar al costarricense y lo pone en medio de una realidad que desconoce por completo. La realidad es que la United Fruit Company ha convertido en feudo suyo la Provincia de Limón y allí agonizan todos los que en ella han ido en busca de vida mejor. Es una realidad vieja pero desconocida por el costarricense. Muchas fuerzas lo han alejado de sentirla y en su mayoría son fuerzas de la misma United Fruit Cº. De modo que si la reflexión sigue el curso de la huelga y ésta la nutre de inquietudes, está señalado un camino de lucha.

En el llamamiento hecho por el comité de esta huelga se pide a mucha gente ayuda. Una huelga tiene que contar con la ayuda de muchos sectores. Cuantos más cooperen en ella, más claros son los resultados. Por eso dice el comité: "Es éste el momento de que los anti-imperialistas de todas las profesiones, los estudiantes y los intelectuales, los periodistas y los maestros de escuela, demuestren con hechos su deseo de oponer diques de defensa a la creciente subyugación del país por las empresas imperialistas extranjeras, poniéndose al lado de los huelguistas del Atlántico". La aspiración del comité es dar a la huelga un carácter nacional. Aspiración grande, pero quién sabe si no será ilusoria. La indiferencia del costarricense es sepulcral. Y para justificarla busca al instante pretextos. Los encontrará ahora y ya lo oímos diciendo que él no ayudará por ser un movimiento comunista. También diría, si los promotores de la huelga fueran los trabajadores negros, que era cosa de negros. El costarricense amodorrado anda tras el pretexto para evadir la obligación. Es cierto que los comunistas al declararse la huelga se apresuraron a asumir la responsabilidad de la dirección del movimiento. Pero no hay en los puntos sometidos a la United Frut Cº y finqueros vasallos el tinte rojo que pueda asustar a los anti-comunistas. Son puntos en los cuales no se exige nada más que un trato justiciero y humano.

Pero ya hay pretexto para eludir el apoyo y el llamamiento hecho por el comité a estudiantes, intelectuales, periodistas, maestros y profesionales no pasará de ser aspiración. A nosotros no nos asustan las ideas y por consiguiente declaramos que estamos con esta huelga. La dirección es honrada e inteligente. Sin embargo, nos acordamos del caso de Colombia y pensamos que para que la huelga desarrolle su fuerza reivindicadora no debe asustarse al medroso. Y de medrosos está lleno el país. Los sostenedores de la United Fruit Cº aprovecharán la declaración comunista para echar sobre la huelga toda la maquinaria que el mundo tiene organizada contra el comunismo. Así hicieron en Colombia en 1928. Los trabajadores de la Provincia de Santa Marta, del departamento del Magdalena, quisieron obligar a la United Fruit Cº al cumplimiento de leyes dictadas por la nación en beneficio del obrero. Una de esas leyes es sobre el seguro colectivo, otra sobre accidentes del trabajo, sobre higiene social y asistencia pública la tercera y la cuarta sobre descanso dominical remunerado. La United Fruit Cº dueña de la mayoría de las tierras productoras de banano no quiso cumplir con la legislación saludable. Cosa usual en esta Compañía irrespetuosa e insolente. Los trabajadores organiza-

ron la huelga y la fundaron en razones grandes. Dijeron que estaban agotados por el paludismo, las úlceras, la tuberculosis. Dijeron que la United Fruit Cº les quitaba de sus jornales el dos por ciento para una hospitalización que nunca les daba. Dijeron que la United Fruit Cº les vendía forzosamente en sus comisariatos por el sistema de vales. Fundamentaron con claridad los trabajadores y sin embargo la Compañía dueña del feudo de Santa Marta ni los escuchó ni los respetó. El colombiano independiente Castañeda Aragón comenta así: "La United, repito, estaba por este lado, además, empeñada en que se diera un corte por lo sano al asunto de la huelga. A ella no le convenía una demora que pudiera traer como consecuencia la necesidad de pactar con sus empleados inferiores. Y entonces, por suaves vías persuasivas y creando los famosos intereses con que siempre gana voluntades, fomentó la vanidad y la ambición que, desatadas luego, produjeron el huracán de sangre que devastó la Zona Bananera". Convenía a la United Fruit Cº echar sobre la huelga de Santa Marta lo que más la hiciera odiosa a la maquinaria política de Colombia y entonces propaló que era movimiento comunista. Ya hubo pretexto para los medios violentos. "Había urgente necesidad de que la huelga se denominara **movimiento comunista**—dice Castañeda Aragón—y en este campo no se dió tregua el empeño oficial, como en obediencia a una consigna ineludible. La obsesión fué tal que se llegó a ver revolucionarios rojos hasta en el personal, ignorante de estas cosas, de la policía". Conocidos son los resultados del despliegue de fuerzas contra la huelga que bautizaron comunista porque así convenía a los intereses sombríos de la United Fruit Cº.

La experiencia de Colombia tiene actualidad hoy en Costa Rica. Es cierto que de entonces a esta fecha han pasado seis años y los nervios que producía a las gentes el término comunista mucho se han calmado. Pero la maldita voracidad de la United Fruit Cº sigue insaciable. Y esta huelga es huelga contra la United Fruit Cº. En la región atlántica sólo hay vasallos de esa Compañía. Los finqueros que allí cultivan el banano no tienen, salvo raras excepciones constituídas (por protegidos de la Compañía por razones de orden político, de la política costarricense, más vida que aquella miserable que la Compañía los deja tener. De modo que las fuerzas tremendas contra la huelga las levantará la United Fruit Cº para matarla, para seguir en el dominio de una región que ha hecho feudo de sus rapacidades. Cuando necesite hará valer la dirección que ha asumido el comunismo y entonces todo será exterminio. Un movimiento que ha podido imponerse va a quedar aplastado por la United Fruit Company.

No nos volvemos pesimistas, pero queremos estar dentro de una realidad que fué experiencia dura para el trabajador colombiano. Nos dolería que esta huelga fuera sofocada a sangre y fuego. Porque tiene un sentido social hondo. La región bananera del Atlántico ha salido del control del Estado. Tanto ha crecido la United Fruit Cº en casi medio siglo de dominación en Costa Rica que se ha vuelto un poder. No hay legislaciones para esa Compañía. Nada la limita, nada la contiene, nada la obliga al acatamiento y al respeto. Fácil es para ella hacer aquí lo que hizo en Colombia cuando los trabajadores del campo atormentados quisieron obligarla a respetar leyes que les garantizaban un medio humano y decoroso de vida. El Estado tiene una barrera infranqueable en la United Fruit Company. La región atlántica es región de influencia esencialmente de esa Compañía. Por eso los trabajadores tienen labores de una dureza irresistible con jornales miserables. Por eso carecen de higiene y de medios de vida que los libren de la ruina, que les salven la salud del paludismo, de la tuberculosis, de la sífilis. Quieren viviendas de una decencia rudimentaria para estar siquiera un grado más arriba del animal. Quieren herramientas para el trabajo porque sus salarios no les permiten comprarlas. Quieren hospitalización para el enfermo rendido en la ciénaga y en el sol ardiente. Quieren mejores precios para la fruta para que el productor vasallo de la Compañía se beneficie y adquiera capacidad para mejorar la condición del trabajador. Por esto luchan los trabajadores de la región atlántica.

¿En dónde está el tinte rojo que puede asustar al medroso? No piden sino cosas elementales. Lo mismo pidieron los trabajadores de Colombia en 1928. Y para no darles, para sofocarlos y acabar con su espíritu rebelde, los juzgaron rojos y lanzaron contra ellos la destrucción. A la United Fruit Cº, le interesará volver odioso el movimiento obrero de hoy, porque sabe que el Estado no la exige, que el Estado no organiza huelgas que le descubran sus felonías. Mientras su enemigo, mientras su controlador sea el Estado, nada teme la United Fruit Cº Ha podido domarlo, domesticarlo y quitarle fuerza combativa. Las organizaciones de hombres sí son peligrosas para la Compañía. Los trabajadores que resuelven el paro general y dejan madurarse la fruta en la mata entrañan peligros a que no está acostumbrada afrontar la Compañía. Una huelga de trabajadores es fatal para este poder sin freno y de influencias inimaginables.

El llamamiento del comité de esta huelga debe meditarse para no dejar ir la oportunidad de servir al país. No busquemos pretextos para negar apoyo. Si nos dicen que la dirección del movimiento es dirección comunista porque así lo han afirmado quienes tienen autoridad para hacerlo, no nos asustemos y digamos que puede haber error de cálculo, pero nunca será de importancia como para sustraer nuestra participación. Al pretexto del medroso opongamos el examen de los puntos presentados por la huelga como base de arreglo. Son en su mayoría el grito del hombre que agoniza en una zona insalubre que lo deja sin sangre y vencido por las enfermedades. Son el grito contra la United Fruit Cº que ha vuelto feudo miserable la región en donde los trabajadores agonizan. Lo que el país quiera obtener para libertarse del vasallaje de la United Fruit Cº solamente lo obtendrá por estas organizaciones que se lanzan a combatirla y llaman a muchos sectores y les piden que vuelvan nacional el movimiento.

Costa Rica, agosto del 34.

La cabaña de Edgard Poe

Por C. HISPANO

= De *Cromos*. Bogotá =

A Don *Jacinto López*

En medio de la pasmosa actividad comercial y del ensordecedor estrépito de la movilización urbana, o más allá de los tranvías y elevados eléctricos rechinantes, hay en Nueva York rincones de poesía, oasis deliciosos donde el sistema nervioso recupera su perdido equilibrio y se reposa el espíritu, y tanto más agradables son esas suaves sensaciones cuanto más fatigados están los sentidos de la vista y del oído en sus continuos choques contra tantas cosas materiales con que la más avanzada civilización ha convertido el vivir en un trabajo forzado y ha hecho de las ciudades habitadas por los hombres lugares de tortura.

Los jardines botánicos y zoológicos, el Parque Central con sus lagos, colinas, rocas y hasta selvas, **River side** con sus prados y sus árboles y bellos panoramas son esos oasis en Nueva York. En el Jardín Botánico se pasea uno entre bosques de naranjos y limoneros, de palmeras cubiertas de enredaderas, de rosales y helechos, de todas las plantas tropicales: el café, el cacao, el plátano, que dan la sensación de vivir un día en la tierra natal. En el Jardín Zoológico, al lado de las hermanas ceibas, se ven las aves familiares, el cóndor de Los Andes, las águilas reales, las asomas y azulejos, el ave negra de Jorge Isaacs y el cuervo de Edgard Poe, y allí cerca la cabaña del poeta de los **Cuentos extraordinarios**.

Es una casita de madera en medio de un prado sembrado de pinos y de árboles de flores blancas y rosadas cuyo nombre nadie supo dar en los contornos, y a los lados, macizos de plantas con flores rojas. Sobre la blanca pared de la casa, y en la parte más alta, parece presidirla la negra sombra de un cuervo, que, luego, al entrar, una vez más deja ver su fúnebre silueta sobre la puerta del aposento donde en otro tiempo se posó una fosca media noche del glacial mes de diciembre. Y allí también la sala del poeta con su chimenea y sobre ella retratos, espejos de doble luna con marcos dorados, tarjetas de luto, un busto por Zolney's, un autógrafo del 9 de agosto de 1845 y otro de 12 de junio de 1840, en que ordena pagar a la orden de Harnden & C⁰ treinta dólares; cabellos del poeta donados por Carlota F. Dailey.

En la alcoba, una chimenea con leña seca, un gran reloj, esteras ovaladas sobre el suelo, una silla mecedora, una mesa redonda, candelero con vela a medias consumida, y la cama donde murió la esposa:

In this little bedroom it is said that Virginia Poe's spirit passed away

En el comedor, fragmentos del viejo cerezo a cuya sombra Poe se sentaba a escribir sus poemas, donado al museo



Edgar Allan Poe

por Mrs. Frederick S. Cook el 12 de diciembre de 1903. Escaparate envidriado con losa, cafeteras y utensilios de cocina.

La restauración de la cabaña de Poe fué costeada por Mrs. John Tay Chapman y Mr. Charles D. Dickey y está administrada actualmente por Mrs. M. Kopp. Los muebles fueron suministrados por amigos y parientes de Poe. Al entrar se lee este aviso:

Poe Cottage
The home of Edgard A. Poe
1846-1849
Open daily except monday 10 to 1 & 2 to 5 p. m.
Admisión free. Under the care of Bronx Society of Arts & Science.

Dos veces visité aquel risueño albergue donde vivió en la pobreza y la desesperación uno de los poetas más extraordinarios que hayan sido, y también uno de los más desgraciados, víctima del demonio del alcohol que lo condujo a todos los excesos hasta dejarlo tirado en la vía pública presa de las más horribles convulsiones. Así justificó el juicio que sobre él emitió Barbey d'Aurevilly: "Quizá desde Pascal no existió jamás un genio más espantado, más entregado a los horrores del terror y sus mortales agonías que el genio pánico de Edgard Poe". Y nunca este genio pánico se transparentó mejor que en sus poesías a veces oscuras, enigmáticas, pero cuyo encanto turbador nos penetra y nos angustia. Sus poesías son verdaderos espejos de su vida interior, la musical notación de sus sueños que lo aislan del mundo real y lo defienden contra las vulgaridades de la vida material. No cree que con la muerte desaparezca todo, y antes bien cree en la supervivencia del alma que conservará el recuerdo preciso de su paso por la tierra, y aun será capaz de sufrir nuestras mismas penas morales. Así, lo obsesionan las sombras de los muertos, las siente, las ve en torno y su temor consiste en causarles alguna pena o dolor profundo.

Y es esta constante preocupación de las almas lo que lo llevó a cantar los ojos de las mujeres amadas, que para él eran auténticas imágenes del alma, la epifanía de la conciencia y como el vivo reflejo de lo que hay en nosotros de inmortal; también porque los ojos de Poe eran igualmente bellos, según el retrato que nos dejó su grave admirador y propagandista de su gloria Carlos Baudelaire: "Poe tenía la frente ancha y dominadora en la que ciertas protuberancias denotaban las facultades desbordantes que ellas representan: construcción, comparación, causalidad, y donde imperaba, con sereno orgullo, el sentido de la idealidad, el sentido estético por excelencia. No obstante, a pesar de esos dones, o a causa de ellos, esa cabeza, vista de perfil, no tenía aspecto agradable. Sus ojos eran grandes, sombríos y llenos de luz, de un color indeciso y tenebroso, casi de color de violeta; la nariz, noble y firme, la boca fina y triste, si bien suavemente sonriente; la color morena clara, faz pálida, fisonomía algo distraída e imperceptiblemente arrugada por una habitual melancolía".

Con ningún otro poeta podría compararse mejor a Poe que con el cantor de **Childe Harold.** Ambos tuvieron amores desgraciados en su juventud, el mismo sello de distinción personal y la misma belleza, aunque más perfecta y clásica en Byron y más romántica en Poe. Ambos eran fuertes para los ejercicios físicos, y así Poe habría podido competir con Byron en la hazaña de atravesar a nado el Helesponto, y en la parte moral, el mismo fondo de inagotable melancolía, de insondable tristeza, y también de orgullo altivo y de libertinaje. Vivieron ambulando de país en país y de ciudad en ciudad. Byron, rico, cambia de residencia para huír del hastío. Edgard, pobre, peregrina en la miseria, pero el resultado es el mismo. Hasta en su manera de hablar siempre en sus obras, casi con fervor religioso, de la mujer, se parecen, y ambos, qué gloriosa semejanza!

Poe y Pérez Bonalde

Por LUIS CORREA

= De *Nos-otras*. Caracas. — Al cumplirse los 8 años de esta revista; en el homenaje que por este motivo, le hicieron a Pérez Bonalde =



J. A. Pérez Bonalde

I

¿En qué día del año de 1843 se realizó ese milagro de emoción temblorosa y de horror contenido que se llamó, para siempre y jamás, "El Cuervo" de Edgar Poe? La historia literaria no lo dice; sólo sabemos con precisión que "El Cuervo" ("The Raven"), escrito en 1843, se publicó en el "Evening Mirror" de Nueva York, el 29 de enero de 1845. Fecha inolvidable para el poeta que, a pesar de haber escrito "El Palacio Encantado", "La Durmiente" y "Leonora", no había logrado en el gran público esa aureola súbita, ese rumor de aplausos y comentarios, esa notoriedad que despertaron como un enjambre al siguiente día de la publicación de "El Cuervo". Nunca en lengua inglesa se había producido, por rara combinación artística, una conjunción tan íntima de lo grave y profundo con lo delicado y sutil; del amor con la desesperanza; del alba con el misterio de la noche plutónica. Nunca la vida y la muerte se habían presentado agrupadas de modo tan magistral, en su inocente y compleja desnudez; nunca el dolor había tocado con más angustia a las puertas de un presentimiento sombrío.

Tenía Poe, cuando publicó "El Cuervo" 36 años de edad, y hacía nueve que estaba casado con una prima suya, Virginia Glemm, quien para la fecha del matrimonio aun no había cumplido los catorce. Desde ese día nupcial el nombre de Virginia planea sobre la obra de Poe con las alas abiertas teñidas de una luz azulosa, como el ángel, nuncio de la esperanza, en el Purgatorio de Cristóbal Rojas. Delicada, bella, graciosa, inteligente; dotada de un sentimiento musical noble y sincero, Virginia va a poner en la vida lamentable del poeta la sal de la buena ventura. Ya tiene Poe en sus delirios la estrella que le alumbre el sendero tortuoso de su vuelta al hogar: ya tiene quien piadosamente con un beso le borre el sabor del trago amargo; ya tiene en sus terrores de dipsómano quien lo aduerma con una canción de cuna: porque ese poeta y todos los poetas dignos en verdad de este nombre altísimo, no son sino niños tristes perdidos en las encrucijadas de la vida. Virginia es providencia y fortaleza, siendo tan débil, para el poeta ayuno de voluntad y esclavo de las pasiones saturninas. Por ella y con ella penetra Poe en el misterio de la mujer; en el sagrado, adorable e inconfundible misterio de la mujer. Por ella, en otra boca, gustará pecadoramente el sabor del beso furtivo y de la fruta paradisiaca. La teoría de las amantes del poeta será presidida por Virginia, vaso de elección al igual de Beatriz en el poema arquitectural del florentino. En ese desfile Virginia, transfigurada en imagen viviente de la Poesía, es inconfundible entre las que ofrecieron su cuerpo en caídas ilusorias y cosecharon el placer por el placer, y las que, más puras y desinteresadas, supieron que también la amistad tiene aroma y color como las rosas.

Poe es el poeta de la mujer; su sensibilidad enfermiza tiene algo de femenino; sus versos se enfloran con nombres de mujer, y Leonora, Helena, Irene, Ana, Mary, Anabela, corresponden con ecos suaves y prolongados a los pífanos del fauno en la selva lujuriosa, o al canto del pastor que gusta de apacentar estrellas en las praderas celestiales. Lo primero que seduce a sus enamoradas es el ritmo etéreo de sus canciones; jamás poeta alguno empleó con propiedad y destreza, dentro de las pautas del verso clásico, palabras que con sólo expresarlas sugieren sentimientos de inconfundible tonalidad en el mundo de las pasiones femeninas: palabras suaves, rosadas y vaporosas, que se deslizan como alumbradas por una lámpara de ónice; la lámpara de Psiquis evocada por él en sus "Estrofas a Helena", cuyos **cabellos de jacinto** lo trajeron de sus correrías de vagabundo por la imaginación romántica, a las riberas quietas de Grecia y Roma, es decir, a la nobleza inmóvil del arte clásico. No es extraño, pues, que entre las mujeres encontrara Poe admiradoras ardientes y envenenadas detractoras. Su gloria está enjoyada de caricias, de mordiscos y de rasguños de mujeres: el amor y la calumnia, el entusiasmo y el elogio, la caridad, la simpatía y el despecho de sus admiradoras lo acompañan en vida y lo siguen después de su muerte con una constancia precursora de la inmortalidad. Ese fué su drama y su destino; drama y destino en los que aparece Virginia Glemm con la pureza de Eva cuando sus ojos asombrados contemplan con arrobo la aparición de la primera aurora. Una noche, sin embargo, la imagen de Virginia no se le presenta marcada de perfecciones ideales. En plena alucinación pasa la muerte envolviendo con su manto lívido a la bienamada. Poe se estremece de espanto ante aquella ráfaga invernal, que por un instante le hace concebir la certidumbre de perder, con las manos juntas en actitud beatífica, a la Moabita que sembraba de espigas áureas su camino. Su mundo interior, de una realidad más viva y penetrante que su mundo externo, se llena de sombras, y como poseído alternativamente de la mano de Dios y de las garras del Demonio, "El Cuervo" toca y entra sigilosamente en su aposento, engendrando uno de los poemas de ejecución más acabada y de más honda y penetrante raigambre simbólica que se hayan escrito nunca. El contraste de las horas felices, de las únicas horas felices de su vida, con las negras y tristes del pasado y las que vendrán tras de su presentida orfandad conyugal, se le clava como un dardo en el corazón; y lenta y armoniosamente, con la lentitud rumorosa de la gota de agua del tinajero en la casa abandonada; lenta y armoniosamente, con el rumor del ala torva que se abate en los cristales de la ventana; lenta y armoniosamente, como las notas del órgano que entre un coro de voces infantiles acompañarán muy pronto el tránsito de Virginia; lenta y armoniosamente, así fueron cayendo sobre el papel los versos de "El Cuervo". Poe extrae de la fatalidad el asunto y la ejecución de su poema; de la fatalidad presentida, que para un poeta como él adquiere todas las sugerencias de la realidad absoluta y se multiplica en consecuencias trágicas para su vida en quebranto. Así nos explicamos, o mejor dicho, así sentimos la génesis del poema desconcertante; es una simple interpretación psicológica, o más bien, si se quiere, un comentario poético a una obra que ha desbordado los lindes de la crítica literaria. Poe mismo, en su conocidísima "Filosofía de la Com-

posición", ha explicado el nacimiento de "El Cuervo" como un hombre del oficio, como un técnico que se siguiera por pautas preestablecidas. Cierto es que su dominio del idioma, su riqueza verbal, su cultura, su aticismo, se aliaron permanentemente a su instinto creador, que en él no se apartó nunca de los caminos de la melodía. Toda explicación, sin embargo, resultaría inútil, puesto que nadie ha expresado satisfactoriamente cómo se moldea en lo profundo de la conciencia, la obra genial destinada a dar a los hombres una medida de la eternidad. Sabemos sí que toda invención artística es hija del amor, y que el misterio de la encarnación divina en el vientre de la mujer electa, pudiera aplicarse al caso en el terreno de la exégesis poética.

Lo primero que subyuga en "El Cuervo" es el ritmo, la perfecta armonía de las palabras con la idea, el tono ascendente de la estrofa, trabajada como una escala musical. Creemos, sin embargo, que nada de esto fué buscado por el poeta, y que la composición salió, desnuda y ruborosa, como la flor fecundada por la lluvia. Una mujer exquisita escribía al día siguiente de su aparición, que el efecto de "El Cuervo" fué para ella **singular, parecido a una música embriagadora y no terrestre.** Se habló también de una **alucinación mística,** lo que no nos parece descaminado. Misticismo, es decir, espiritualización de la carne maceración de toda impureza, vuelo ingrávido hacia las perfecciones del alma estática, horror del humano muladar. Este carácter místico de "El Cuervo" resalta al comparársele con "Eulalia", su poema fraterno, publicado también en 1845. En sus estrofas, de oro y cristal, Poe exalta los dones del amor, el bien de la conjución eucarística de las almas; y las exalta con tanta más alegría, como fuera agobiadora para su espíritu la visita del ave présaga. Cuando despierta y siente que Virginia vive aún y está a su lado, Poe canta con lucidez de agua limpia las gracias de la **sonriente y ruborosa esposa,** ante cuyo mirar alunado de niña, huyen la Duda y el Dolor. Muerta Eulalia, las estrofas de "Ulalume" y las de "Annabel Lee", hacen revivir, en estrofas impecables, esa lucha entre el bien y el mal, entre la dicha perdida y la esperanza de encontrarla en la región del ideal, región que fué para el poeta el de la poesía pura, el de la totalidad de la entrega sin más recompensa que la voluptuosidad en el goce del arte por el arte. ¡Benditas sean la vida breve y la memoria larga de Virginia Glemm, por habernos legado esas joyas de precio invalorable que se llaman "El Cuervo", "Eulalia", "Ulalume" y "Annabel Lee".

II

En abril de 1887 se publicaba en Nueva York la primera traducción en verso castellano de "El Cuervo" de Edgar Poe, y se renovaba con ella el milagro de 1843. Hacía muchos años que vivía en dicha ciudad, sumido en fuertes quebrantos morales, un varón doctísimo en cosas de arte y letras, de contextura física que contrastaba por lo vigorosa con los adornos y delicadezas de su espíritu. Nacido en un país deverado por sus querellas fraternas, por el proceso de crecimiento de una democracia moldeada en la guerra civil; echado fuera de las fronteras patrias por voluntaria resolución, hija de su inconformidad con las asperezas del medio ambiente; dolido en lo más íntimo por la pérdida de la madre, modeladora de su carácter y de las agudeces y vibraciones de su inteligencia; roído por el gusano de la duda; carne mortal, en fin, sobre cuya podredumbre irradiaba como el apólogo del perro de Tolstoy la luz irisada y ténue de la Poesía. Llamábase Juan Antonio Pérez Bonalde y sufría de males idénticos a los que hicieron desgraciado al poeta de "El Cuervo". Desde niño había mamado en su hogar la leche de la cultura literaria. Su padre, educado en las disciplinas clásicas, fué maestro de idiomas antiguos y modernos; su madre acompañaba a su esposo en la vigilancia de una escuela; sus hermanas mayores eran maestras de música, de inglés y francés, de escritura, lectura y bordados, y en general de esas artes ligeras y graciosas, inseparables entonces en nuestro mundo social de la condición de toda buena ama de casa.

Adolescente, había hollado con los suyos los caminos del destierro. Vuelto a Venezuela con sus padres y hermanas después del triunfo de la Federación, se inició en el cultivo de la literatura, como poeta y periodista, el año de 1867, y naturalmente, tomó parte en las luchas que asfixiaban el ambiente personalista de la política venezolana. Su padre, su madre, sus hermanas, continuaron hilando silenciosamente en la rueca de su pobreza; y abrieron un instituto de educación en la calle del Sol, entre las esquinas de la Pedrera y Marcos Parra.

Dos de sus hermanas casaron con caballeros de origen alemán, circunstancia que resultó altamente favorable al poeta, quien se perfeccionó en el idioma y se puso en contacto con la filosofía y la literatura alemanas, y sobre todo con Heine, el guía menos caracterizado para fortalecer su espíritu, en la lucha que la cultura le imponía como fundamental orientación de su deber ciudadano. Orgulloso por naturaleza y convencido del inevitable fracaso de sus ideales, Heine envenenó la fuente de sus sentimientos y la filosofía alemana la de sus ideas. El primer acto del drama de su vida comienza con el choque de las creencias de su niñez, al rescoldo de un hogar católico, y sus experiencias intelectuales al través del racionalismo entonces en boga. Sus primeros versos se distinguen por cierto pesimismo candoroso, ajeno por completo a las influencias del mundo literario venezolano del momento. Escribe en "El Porvenir" y "El Federalista"; lo critican espíritus miopes; viaja por el interior de la República; elogia a José Tadeo Monagas, de quien su padre fué mortal enemigo; contribuye a la fundación de una "Sociedad de Conferencias Literarias"; se suma al entusiasmo que creyó en un renacimiento de nuestras libertades, al amparo del Gobierno Azul; odia personalmente a Guzmán Blanco y figura entre los jóvenes que tiraron piedras y vociferaron inconsultamente en el célebre baile del 14 de agosto.

Triunfante Guzmán Blanco en 1870, se cierra, por craso error político y un mal consejo de sus pasiones, a todo advenimiento con el futuro dictador, y toma esta vez solo el camino del destierro. Vive de preferencia en los Estados Unidos hasta el año de 1876, en que con la esperanza de una reacción antiguzmancista, contempla de nuevo las palmeras de la playa nativa, en visión gestora de su "Vuelta a la Patria", el más entrañable y resonante de sus poemas originales. Desilusionado por el giro que toman los acontecimientos públicos de Venezuela con la muerte del Presidente Alcántara, regresa a Nueva York a continuar trabajando en la casa del Lahmann & Kemp, fabricantes de kerosene y de productos medicinales. En Nueva York conoce a Amanda Shoema-

ker, una belleza rubia, una Elsa cuya piel contrastaba con la recia y atezada de su tropical Lohengrin. Se casaron, vivieron felices algún tiempo, tuvieron una hija cuya pérdida, casi en la cuna, contribuyó a violentar el desenlace infeliz de aquel matrimonio, sin calor ya por parte de la frívola norteamericana. El dolor por la muerte de la hija, único eslabón qu hubiera podido soldar aquella cadena rota de una vida en común, le inspiró "Flor", una de las elegías más bellas que se hayan escrito en nuestra lengua. Las infidelidades de la esposa, que lleva su crueldad hasta hacerlo recluir por loco, en una casa de salud, para poder divorciarse, aparecen troqueladas con grave desconsuelo en algunos de los "Nocturnos" del poeta. Poco después, esa tragedia se condensa de modo imprevisto en la traducción de "El Cuervo" de Edgar Poe. Ya hemos dicho que en nuestro sentir, "El Cuervo" es para Poe el símbolo de la pérdida de la mujer amada, sumida en las tinieblas de la muerte; para Pérez Bonalde el de la mujer adorada e imprescindible que lo abandona en el camino, llevada por la incomprensión y la malquerencia, por la falta de compenetración intelectual con aquel hombre de otra raza, a quien sus padecimientos habían quebrado la voluntad y quizás la potencia del amor. Para ambos la fatalidad era ineluctable y obraba con la misma fuerza, por lo que creemos que Pérez Bonalde (y éste es el secreto de su éxito) hizo obra original al verter el vino de sus tribulaciones en aquel odre añejo en cuyo fondo germinaban las esencias de su propia desventura. Como en Poe, los versos de su traducción caen de su espíritu, lenta y armoniosamente, en una noche cerrada a la esperanza, cerrada al porvenir, cerrada al gozo del hogar perdido en la edad de los triunfos indiscutibles y de las ambiciones abatidas. Pasó con Pérez Bonalde lo mismo que con Andrés Bello, y la "Oración por Todos" de Víctor Hugo. Más que traducción, más que paráfrasis, los versos de Bello son un caso de compenetración, de decantación de sus propias ideas y sentimientos; sus estrofas manan de la misma herida que en el francés, corren por el mismo cauce y al fin se desbordan en terreno propicio, produciendo una obra original. Con Pérez Bonalde el caso es más patético; la garra del ave agorera se clava en su pecho con más dañada intención: **el nunca más** sobrepasa como expresión del bien perdido, al **never more** de Poe, puesto que en el venezolano no hay posible reacción optimista cuando el alba penetra por los cristales de su ventana y acaricia con su luz indecisa un lecho vacío.

Se han hecho posteriormente muchas traducciones de "El Cuervo". Ninguna a nuestro entender iguala a la de Pérez Bonalde en emoción. Su estrofa, en un idioma de estructura completamente diferente a la del inglés, está trabajada con esa maestría del artista que sabe que el sentimiento y la expresión deben confundirse en un tono armónico. El inglés le era tan familiar como el español y había penetrado tan hondamente en los socavones de Poe, que había dado con la veta donde yacen en bruto los diamantes. Como lo observara Pérez Triana, es estupendo que en un idioma polisílábico pudiera captarse el ritmo monosilábico de los versos de Poe, donde cada palabra tiene señalado el papel de una nota musical, de suerte que, como se ha dicho muchas veces, cualquier oyente culto de lengua inglesa, no versado en el castellano, al oír recitar la traducción de Pérez Bonalde, se da cuenta de que se trata de "El Cuervo" de Edgar Poe.

Baudelaire, compenetrado intelectual y moralmente con Poe, familiarizado hasta los tuétanos con la obra del americano, no tradujo "El Cuervo" sino en prosa. Años después Mallarmé, influído en sus procedimientos poéticos por lo que pudiéramos llamar la técnica melódica de Poe, traduce también "El Cuervo" con fidelidad suma, pero en una prosa de cristales. Musicalmente estuvo más cerca de Poe que Baudelaire, preparado como se hallaba, por imposiciones de su escuela poética, a considerar el ritmo como la parte esencial del verso, su alma desnuda, procedimiento que empleara en casi todos sus versos originales y particularmente en los sutiles y alados de "Aparición", cuya realización lírica los acerca a la impresión que dejan flotando en el espíritu, como violines de un coro de arcángeles, "Eulalia" y "Annabel Lee". Recientemente, Armando Godoy ha hecho una traducción francesa de "El Cuervo" en versos de ocho sílabas. Desgraciadamente no logró el poeta cubano su intención generosa.

Para que el milagro de 1887, se repitiera de nuevo en lengua castellana, fué preciso que otro varón preclaro hollara la misma senda de espinas que Poe y Pérez Bonalde. Para que la sombra de Leonora pasara otra vez por el mundo y volviera a abrir sus alas sobre la tierra inhóspita, **una noche de misterio, de rumores y de música de alas**, fué necesario que el sufrimiento y la incomprensión atravesaran el pecho de otro elegido de las Musas, nacido en una ciudad conventual y melancólica de la América hispana. "El Nocturno" de José Asunción Silva, es hermano de "El Cuervo" de Poe y del de Pérez Bonalde. Exprime ese poema con la misma efusión y maestría, el horror de las cosas fatales, logrando así que, para siempre y jamás, bajo el cielo de América se alce una trinidad inconfundible de poetas, inspirada en la Belleza, el Dolor y la Muerte, fuente sellada y eterna de toda poesía.

Caracas 26 de mayo de 1934.

El Cuervo

Por EDGAR ALLAN POE. Traduc. de J. A. PEREZ BONALDE

= De *Nos-otras*. Caracas =

Una fosca media noche, cuando en tristes reflexiones,
Sobre más de un raro in-folio de olvidados cronicones
Inclinaba soñoliento la cabeza, de repente
A mi puerta oí llamar;
Como si alguien, suavemente, se pusiese con incierta
Mano tímida a tocar:
"Es—me dije—una visita que llamando está a mi puerta:
Eso es todo, y nada más!"

Ah! bien claro lo recuerdo: Era el crudo mes del hielo,
Y su espectro cada brasa moribunda enviaba al suelo.
¡Cuán ansioso el nuevo dia deseaba, en la lectura
Procurando en vano hallar
Tregua a la honda desventura de la muerta Leonora,
La radiante, la sin par
Virgen rara a quien Leonora los querubes llaman—hora
Ya sin nombre... nunca más!

Y el crujido triste, incierto, de las rojas colgaduras
Me aterraba, me llenaba de fantásticas pavuras,
De tal modo que el latido de mi pecho palpitante
Procurando dominar,
"Es, sin duda, un visitante"—repetía con instancia—
"Que a mi alcoba quiere entrar:
Un tardío visitante a las puertas de mi estancia...
Eso es todo, y nada más!"

Poco a poco, fuerza y bríos fué mi espíritu cobrando:
"Caballero, dije,—o dama: mil perdones os demando;
Mas, el caso es que dormía, y con tanta gentileza
Me vinisteis a llamar,
Y con tal delicadeza y tan tímida constancia
os pusisteis a tocar",
Que no oí, dije,—y las puertas abrí al punto de mi estancia:
¡Sombras sólo y... nada más!

Mudo, trémulo, en la sombra por mirar haciendo empeños
Quedé allí—cual antes nadie los soñó—forjando sueños;
Mas profundo era el silencio, y la calma no acusaba
Ruido alguno... resonar
Sólo un nombre se escuchaba que en voz baja a aquella hora
Yo me puse a murmurar,

Y que el eco repetía como un soplo: Leonora!...
Esto apenas—nada más!

A mi alcoba retornando con el alma en turbulencia,
Pronto oí llamar de nuevo—esta vez con más violencia:
"De seguro—dije—es algo que se posa en mi persiana;
Pues, veamos de encontrar
La razón abierta y llana de este caso raro y serio,
Y el enigma averiguar:
Corazón! calma un instante, y aclaremos el misterio...
—Es el viento—y nada más!"

La ventana abrí—y con rítmico aleteo y garbo extraño—
Entró un cuervo majestuoso de la sacra edad de antaño.
Sin pararse ni un instante, ni señales dar de susto,
Con aspecto señorial.
Fué a posarse sobre un busto de Minerva que ornamenta
De mi puerta el cabezal;
Sobre el busto que de Palas la figura representa
Fué y posóse—y nada más!

Trocó entonces el negro pájaro en sonrisas mi tristeza
Con su grave, torva y seria, decorosa gentileza;
Y le dije: "Aunque la cresta calva llevas, de seguro
No eres cuervo nocturnal,
Viejo, infausto cuervo oscuro vagabundo en la tiniebla!...
Dime—¿cuál tu nombre, cuál,
En el reino plutoniano de la noche y de la niebla?"...
Dijo el cuervo: "Nunca más!"

Asombrado quedé oyendo así hablar al avechucho,
Si bien su árida respuesta no expresaba poco o mucho;
Pues preciso es convengamos en que nunca hubo criatura
Que lograse contemplar
Ave alguna en la moldura de su puerta encaramada,
Ave o bruto reposar
Sobre efigie en la cornisa de su puerta, cincelada,
Con tal nombre: "Nunca más!"

Mas el cuervo fijo, inmóvil, en la grave efigie aquella,
Sólo dijo esa palabra, cual si su alma fuese en ella
Vinculada—ni una pluma sacudía, ni un acento
Se le oía pronunciar...
—Dije entonces al momento: "Ya otros antes se han marchado,
Y la aurora al despuntar,
El también se irá volando cual mis sueños han volado".
—Dijo el cuervo: "Nunca más!"

Por respuesta tan abrupta como justa sorprendido,
"No hay ya duda alguna—dije—lo que dice es aprendido;
Aprendido de algún amo desdichoso a quien la suerte
Persiguiera sin cesar,
Persiguiera hasta la muerte, hasta el punto de, en su duelo,
Sus canciones terminar
Y el clamor de su esperanza con el triste ritornelo
De—"Jamás, y nunca más!"

Mas el cuervo provocando mi alma triste a la sonrisa,
Mi sillón rodé hasta el frente de ave y busto y de cornisa;
Luego, hundiéndome en la seda, — fantasía y fantasía
Dime entonces a juntar,
Por saber qué pretendía aquel pájaro ominoso
De un pasado inmemorial,
Aquel hosco, torvo, infausto, cuervo lúgubre y odioso
Al graznar: "Nunca jamás!"

Quedé aquesto investigando frente al cuervo, en honda calma,
Cuyos ojos encendidos me abrasaban pecho y alma.
Esto y más—sobre cojines reclinado—con anhelo
Me empeñaba en descifrar,
Sobre el rojo terciopelo do imprimía viva huella
Luminosa mi fanal—
Terciopelo cuya púrpura ¡ay! jamás volverá ella
A oprimir—ah! nunca más!

Parecióme el aire, entonces, por incógnito incensario
Que un querube columpiase de mi alcoba en el santuario,
Perfumado—"Miserable ser!—me dije—Dios te ha oído,
Y por medio angelical,
Tregua, tregua y el olvido del recuerdo de Leonora
Te ha venido hoy a brindar:
Bebe! Bebe ese nepente, y así todo olvida ahora!"
—Dijo el cuervo: "Nunca más!"

"Oh, Profeta!—dije—o duende, mas profeta al fin, ya seas
Ave o diablo—ya te envíe la tormenta, ya te veas
Por los ábregos barrido a esta playa,—desolado
Pero intrépido—a este hogar
Por los males devastados,—
"Dime, dime, te lo imploro:
¿Llegaré jamás a hallar
Algún bálsamo o consuelo para el mal que triste lloro?"
—Dijo el cuervo: "Nunca más!"

"Oh, Profeta—dije—o diablo!—Por ese ancho combo velo
De zafir que nos cobija, por el sumo Dios del cielo
A quien ambos adoramos,—dile a esta alma dolorida,
Presa infausta del pesar,
Si jamás en otra vida la doncella arrobadora
A mi seno he de estrechar,
La alma virgen a quien llaman los arcángeles Leonora!"...
—Dijo el cuervo: "Nunca más!"

"Esa voz, oh cuervo, sea la señal de la partida—
Grité alzándome,—Retorna, vuelve a tu hórrida guarida,
La plutónica ribera de la noche y de la bruma!
De tu horrenda falsedad
En memoria, ni una pluma dejes, negra! El busto deja!
Deja en paz mi soledad!
Quita el pico de mi pecho! De mi umbral tu forma aleja!"...
—Dijo el cuervo: "Nunca más!"

Y aun el cuervo inmóvil, fijo, sigue fijo en la escultura,
Sobre el busto que ornamenta de mi puerta la moldura...
Y sus ojos son los ojos de un demonio que, durmiendo,
Las visiones vé del mal;
Y la luz sobre él cayendo, sobre el suelo arroja trunca
Su ancha sombra funeral;
Y mi alma de esa sombra que en el suelo flota... nunca
Se alzará... nunca jamás!

La cabaña de Edgard Poe...

(Viene de la página 104)

fueron a Grecia con el designio de luchar por su libertad.

—

En 1836 se casó con su prima Virginia Clemm, una muchacha de catorce años, amable, afectuosa y bella a quien amó con un amor sin límites, con un amor estático. Desgraciadamente la dulce niña era muy delicada y un día, cantando, sufrió un accidente. Desde entonces, con diversas alternativas, vivió una vida de dolor que fueron años de locura para el poeta, que le consagraba todos sus cuidados y cariños, sintiendo mil veces, según sus propias palabras, toda la agonía de su muerte.

Mientras tanto, había que trabajar, y Poe se multiplicaba de Nueva York a Filadelfia dictando conferencias, escribía cuentos, fundaba periódicos y magazines. Su vida era la de un loco errante por las calles. De pronto la Fortuna parece detenerse ante su puerta, su reputación se ha impuesto y se disputan las revistas sus artículos, pero inesperadamente también un desgraciado negocio periodístico acaba con la efímera prosperidad. Fué entonces cuando se refugió con los suyos en un barrio lejano de Nueva York, en Bronx, en la cabaña de Fordham, donde el poeta saboreó los más amargos días de desesperación entre su mujer, cada día peor, y la pobreza, hasta el punto de que algunos periodistas abrieron una suscripción en su favor que hirió su orgullo, y como final y remate, la muerte de Virginia el 30 de enero de 1845, terrible prueba que lo condujo casi a la locura.

Desde entonces Poe, presa del alcohol, arrastró una vida llena de miserias y contratiempos. Emprende una serie de conferencias en Nueva York y las principales ciudades de la Virginia, siempre recibido con entusiasmo. En Richmond lo agasajan, y su conferencia sobre **El Principio de la Poesía** obtuvo un grande éxito. Dos veces estuvo a punto de volver a casarse, pero en ambas, por diversos motivos, fracasaron sus esperanzas. Finalmente, se embarca en Richmond para Baltimore, donde llegó el 3 de octubre, y en seguida el misterio envuelve los últimos días del poe-

ta. Parece que, fatigado o atraído por su gusto por el alcohol, Poe, en espera del tren que debía llevarlo a Filadelfia, entró en un bar, y en compañía de antiguos amigos, casualmente encontrados, libó con tal exceso que al día siguiente fué encontrado tendido sobre una calle pública, presa de las horribles convulsiones del **delirium tremens.** Conducido al Hospital, expiró tres días después, el domingo 7 de octubre de 1849. Su entierro, al día siguiente, fué el más desolado, ni aun asistió su suegra, la señora Clemm, madre de Virginia, que era la única persona que lo amaba en el mundo.

En varios de sus pensamientos se contradice: "Yo daría el mundo por poder expresar la mitad de las ideas que flotan en mi alma", escribió en alguna parte, y, al hablar de la Malibrán, dice: "Cuántas veces hemos oído decir que tales o cuales pensamientos son inexpresables. Creo, al contrario, que todo pensamiento puede ser expresado por el lenguaje. Lo que pasa es que cuando hay dificultad para expresarlo en palabras, es porque la inteligencia carece de método o deliberación. En cuanto a mí, nunca he tenido una idea que no haya podido expresar con palabras, y hasta más perfectamente de lo que la había concebido".

La mejor y más famosa de sus poesías, **El Cuervo,** fué escrita mientras pasaba una temporada de verano en la granja de su amigo Patrick Brenan, situada al lado oeste de la que hoy es la calle ochenta y cuatro de Nueva York, justamente la que conduce directamente a la estatua de Bolívar, en el Central Park. Fué impresa por primera vez en el **Evening Mirror** de 29 de enero de 1845, y luego por el mismo Poe en un tomito titulado **The Raven and Other Poems** (New York, 1845).

Otra de sus más inspiradas poesías, **Ulalume,** la escribió en el otoño que siguió a la muerte de Virginia. Stéphane Mallarmé la describe así: "En Fordham, cerca de su cabaña, había una avenida de grandes árboles (que todavía hoy existen y bajo cuya sombra me detuve una tarde con el amigo a quien dedico estas páginas) había una avenida de grandes árboles. Poe pasaba horas enteras paseándose bajo aquellos árboles pensando en su supremo aislamiento e interrogando el Futuro para saber si los horizontes guardaban aún para él algún rayo de esperanza o de amor en la profundidad siniestra de su sombra. En uno de esos paseos solitarios, hecho en el octubre desolado de su más inolvidable año, era más de media noche, sin que él lo hubiera advertido, y los cuadrantes de las estrellas anunciaban ya la mañana, cuando vió al oriente el planeta Venus, estrella de esperanza y de amor, ascender, entrando en la constelación del León: **ascender a través de la caverna del León. Con el amor en sus ojos luminosos.**

"Durante un instante bendito, en espera de un encuentro con la esperanza, él la saludó así con el nombre de una felicidad susceptible de existir aún, hasta que descubrió que el planeta se levantaba justamente sobre el sepulcro de Virginia. Entonces, abrumado por esa superstición de los remordimientos que parece haber sido siempre su obsesión cuando sus pensamientos se apartaban de algún sueño de dicha renovado, hacia el recuerdo de un amor perdido, exclama: "Ah! Qué demonio me ha traído hacia estos lugares!"

Sin duda José Asunción Silva leyó muchas veces **Ulalume,** encontró en ese poema un estado de alma semejante al suyo, pues ante él, como ante Poe, surgía en las sombras de la noche un nombre, y ese nombre tan querido era para él también una irrevocable sentencia de desesperación. Al poeta del **Nocturno** tampoco le queda esperanza ni alegría; toda su Naturaleza en duelo, y esa luz pálida de la luna llena, y esas sombras largas no son sino un mundo de tinieblas y cenizas donde un cruel demonio arrastra pérfidamente una pobre alma obsesionada. Silva no imitó a Poe. En **Ulalume** y el **Nocturno** se encontraron dos almas en pena, dos genios poéticos cantaron unísonos...

Palabras de Ventura García Calderón al inaugurarse el busto de Rubén Darío, en la Puerta Champerret, París, el 30 de junio pasado

= De *L'Amerique Latine*. París. Trad. de *I. p.* =

Souvenir, Souvenir que me veux - tu?
VERLAINE

Durante las tardes de gracia, después de sus aletargamientos en el peor de los sueños, íbamos a tomar aire al Jardín del Luxemburgo. Corpulento, envuelto en su extraño jaqué gris, saludaba a Galatea, al pasar por su fuente, y quería ver naufragar los diminutos barcos bajo el surtidor, su viejo amigo. Nadie adivinaba sus pies de macho cabrío. Cuando miraba el cielo de verano a través de los pellejos transparentes de un racimo de uvas vacío, yo era el único en constatar esta confesión del fauno. También soy testigo de que los gorriones y las golondrinas se acercaban a él para escuchar sus consejas, pues, si es justo afirmar que vivió en la antigua Grecia, nada tiene de extraño que fuera, en tierra de Asís, uno de los tantos compañeros de San Francisco.

Creía en las migraciones del alma en el pasado y en el futuro con una especie de bondad triste y de justicia tardía. Puesto que la memoria está tan cargada de pesares y de sueños que no parecen el fruto de la vendimia de una sola vida, es justo pensar que el Destino ha contraído con nosotros la deuda de hacernos renacer, ruiseñor o astrólogo, en un Ispahan de felicidad, sin otra preocupación que no sea la del vino del Chiraz y las rosas.

De todas estas cosas "intemporales", para decirlo como Edgar Poe, tenemos un ilustre testimonio, también colocado en sitio público. Al inaugurar el busto de Rubén Darío es un poco el de Verlaine el que por segunda vez se inaugura, pues, en ninguna historia literaria hay dos hombres de melancolía que se parezcan tanto. Los profesores de literatura comparada o los autores de tesis de Sorbona, tendrán mucho trabajo al explicarnos cómo pudieron nacer en Metapa, Centro América, y en Metz, en el Mosela, dos almas a tal punto semejantes. Después de treinta años de desgracias y de vida errante en este mundo que no parecía hecho a su medida y del cual escaparon por medio del vino y el ensueño, llegaron a parecerse hasta físicamente. Sobre ambos se cuentan anécdotas intercambiables. No sabría decirse si fué Rubén Darío quien se puso a pintar con oro sus viejos muebles, por una necesidad natural de lujo o si fué Verlaine quien golpeó un día a su compañera enferma porque en otros siglos había sido Gran Inquisidora y quiso quemarlo vivo.

Naturalmente debieron conocerse en este mundo tan imperfecto; pero su entrevista fué breve y sin ninguna importancia o, por lo menos, no fué como nuestro poeta la deseaba.

En un café del Boulevard Saint-Michel, frente al absintio inevitable, nuestro Rubén, muy tímido y tan malicioso como el pobre Gaspar, balbuceó algunas palabras sobre la gloria que, pensaba él, consuela de todo. Tal cosa basta para determinar, en el tiempo, una entrevista. El poeta saturniano golpeó la mesa con su bastón quizás para invocar el testimonio de los hombres futuros, quizás para reclamar el último absintio. Con su voz insegura repitió la palabra mágica: "—La Gloria!"—, dijo. Ah! También creía en ella, antes y siempre, a pesar de las burlas de Rimbaud. Pero, quién diablos era aquel

hombre, aquel tipo exótico de bellos ojos de mestizo, aquel atarantado, que aun no sabía que "songe" y "mensonge" son la más bella y la más atroz de las rimas. Entonces, de pie, con la voz hiriente de un general que ha perdido todas las batallas de la vida, gritó, por tres veces, la palabra de Cambronne. Nuestro Rubén quedó aterrado. Y aquel día, como dice el Dante, no hablaron más.

¡Qué importan estas incomprensiones provisorias si al fin Darío y Verlaine se han juntado en una gloria póstuma cuyos esplendores vemos crecer! En París—"la ciudad-universo" de Hugo—, se encontraba como en su casa este gran civilizado de allende el océano, este francés de la Zona Tórrida. Helo aquí coronando un sócalo como un dios tutelar que cuida las viñas. Contempla las encrucijadas de su ciudad de elección, busca con su mirada la hopalanda de Verlaine y quedamente, con la inflexión de las voces ausentes, nos va a repetir el verso insigne:

Los bárbaros, cara Lutecia!...

Para mis amigos cubanos

Por JOSE PIJOAN

= *Envío del autor.* Chicago, julio de 1934.—Nos dice el autor en carta:—"Le envío este artículo con delantal y final porque me preocupa mucho Cuba. Es el primer país americano que hará constitución después de dictadura. Y hay que recordar que para salvar el parlamentarismo hemos de evitar que esté en condiciones de abusar. A veces se confunde el porvenir del liberalismo con el del parlamentarismo: sus suertes son muy distintas—el primero es una palabra vieja, el segundo una eterna necesidad" =

Perdonadme. Pero dentro de pocos meses tendréis elecciones y asamblea constitucional en Cuba... Aprended de España.

La revolución, mejor dicho el regifugium, o fuga del dinasta, sorprendió a los españoles sin nada preparado. Las persecuciones no habían obligado a emigrar, algunos conspiradores acaso habían meditado en la cárcel, pero no habían tenido que viajar a la fuerza por países extranjeros—uno de los castigos que procuran superioridad a los revolucionarios. Hambre, viajes, y destierro son la escuela de los gobernantes futuros.

Las consituyentes españolas de 1931, sin escuela—castigo preliminar,—se lanzaron a ciegas a restablecer el régimen parlamentario anacrónico que ya había sido la causa del triunfo fácil de Primo de Rivera. Agobiado de presenciar aquel monstruoso desatino, vociferé en los periódicoss y como muestra de la estridencia ineficaz de mi protesta suplico se reimprima uno de mis artículos de entonces. Fué publicado en **Crisol** de Madrid, el 14 de noviembre de 1931, en plena embriaguez del fatal deporte de jugar a hacer constituciones. A la letra fué como sigue:

EL PARLAMENTARISMO A "LA" SIGLO DIECINUEVE

Me han devuelto ya dos artículos que envié al **Crisol.** Comprendo que el amigo Lorenzo tiene sus razones. Está en la brecha; yo, lejos. No me quejo, pero desearía mucho que se publicara este tercero. Soy, a menudo, lo que los ingleses llaman un "disenter"—disiento de lo que me rodea—. El tiempo me da la razón y me hace volver más agresivo. Además, llevo una vida entera de "trabajos forzados" para levantar el nivel intelectual de nuestra gente. ¿No lo veis? Trabajo, viajo, escribo sin cesar. Si a los cincuenta años de esta vida no tengo derecho de decir lo que pienso cada tres meses, mejor es que partamos peras yo y mi pueblo. Pero vamos al grano.

Soy enteramente enemigo del parlamentarismo renaciendo en España. Antes, mucho antes de la revolución española, vertía estas convicciones en el **Repertorio Americano,** el único periódico hospitalario de nuestra raza. Decía a los americanos: "Dejad a las dictaduras; caerán por sí solas; lo urgente es pensar lo que hay que poner después, sobre todo lo que no hay que poner, esto es, un **parlamentarismo a la siglo diecinueve".** Vino la revolución española, y me apresuré a gritarlo desde el **Crisol:** "¡Cuidado con retroceder al parlamentarismo a la siglo diecinueve!"

Ya sé que el remedio de los malos Parlamentos es un mejor Parlamento. Ya sé que no podemos nunca pasarnos de una Asamblea representativa. Ya sé que los reaccionarios dirán, para defender la dictadura, que el parlamentarismo es planta exótica en los países latinos. Todos son argumentos de café; el Parlamento es inevitable, pero no un Parlamento "a la siglo diecinueve". Quiero decir, una Asamblea deliberante que dogmatiza improvisando una solución sobre cualquier cosa porque lo vota la mayoría.

Los Parlamentos de este tipo son tan anacrónicos en los países anglosajones como en los países latinos. Quisiera tener espacio para poder explicar la trasformación del Parlamento americano desde Roosevelt hasta hoy. Pero, sin ir tan lejos, en lo que llevamos de siglo se han creado dos organismos estatales de tipo nuevo: la Sociedad de las Naciones por la burguesía capitalista y la Federación de Repúblicas de los Soviets por el proletariado. Y ambos se gobiernan del mismo modo. Un Consejo asesorado por Comités técnicos y fiscalizado por una Asamblea que elige los miembros del Consejo. Cuando se pidió a la Academia de Jurisprudencia de París que hiciera un proyecto para el régimen de la Federación europea, no pudo imaginar nada mejor.

Uno de los artículos que envié al **Crisol,** y que se me devolvió por improcedente, tenía por título: "La Constitución del 1945. La del sentido común". Empezaba así:

"Análogo el Estado moderno a una sociedad anónima, los ciudadanos, como accionistas, enviarán sus representantes o apoderados a una Asamblea, que se reunirá por un período de 30 días, en una ciudad diferente cada año. La Asamblea de representantes nombrará su Consejo de ministros y aprobará las listas de expertos-técnicos de cada ministerio.

"El Consejo de ministros repartirá, con dos meses de anticipación a la Asamblea, una memoria-informe en estilo claro y preciso, dando cuenta de su labor durante el año pasado y proponiendo un programa de gobierno para el año próximo. La Asamblea de representantes aprobará o condenará la acción del Consejo con un voto de confianza o de censura. En este último caso, la Asamblea nombrará otro Consejo de ministros. Este propondrá un nuevo programa de gobierno con otro presupuesto, que serán votados antes de terminar las sesiones de la Asamblea. Si la Asamblea no puede ponerse de acuerdo para nombrar por mayoría otro Consejo y el Consejo no llega a formular otro programa y otro presupuesto, continuarán rigiendo automáticamente los del año anterior.

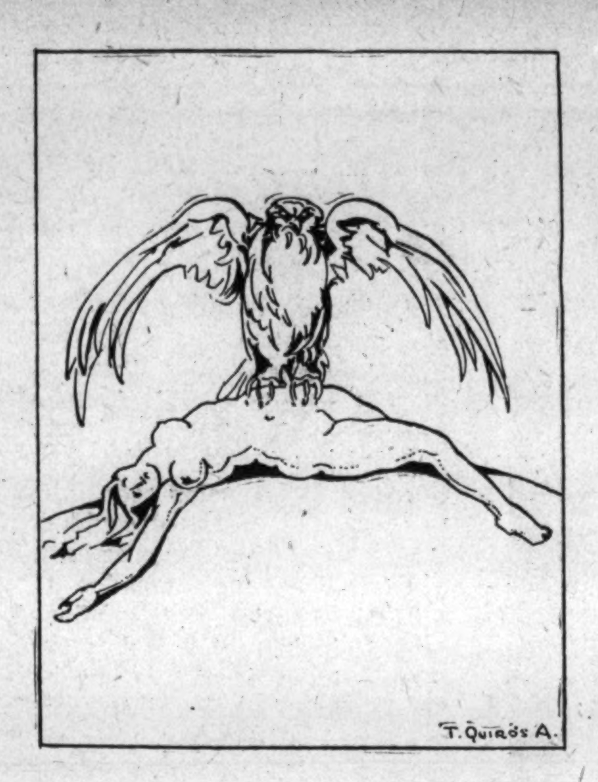
"Los consejeros o ministros serán diez. y sus departamentos: Hacienda, Sanidad, Instrucción, Comunicaciones, Defensa, Policía, Exterior, Agricultura y Trabajo. El Consejo será presidido por el presidente de la Asamblea de representantes, que llevará el título de presidente de la República.

"Las resoluciones del Consejo tendrán fuerza de ley en el momento que el presidente las autoroice con su firma. Si el presidente veta una decisión del Consejo, éste podrá proponerla por segunda vez en el término de diez días; pero si el presidente mantiene su veto, el asunto tendrá que votarse por la Asamblea de representantes en primavera.

"Cada conseiero o ministro será asesorado por una Comisión de cinco expertos-técnicos propuestos por los ministros y aprobados por la Asamblea de representantes. No será necesario ser ciudadano ni tener ningún título para el cargo de experto-técnico. Los consejeros o ministros no podrán llevar al Consejo de ministros sino aquellos proyectos que hayan sido aprobados por su Comisión de expertos-técnicos.

"Tanto la interpretación de esta Constitución como la resolución de las divergencias que puedan ocurrir entre la Asamblea de representantes y su Consejo de ministros y entre los ministros y sus Comisiones de expertos-técnicos serán resueltas por un Tribunal nacional compuesto de cinco jueces elegidos por la Asamblea de representantes. Los cargos de jueces del Tribunal nacional serán vitalicios y no será necesario para desempeñarlos título ni experiencia jurídica, más que la capacidad de hombría de bien. Las decisiones del Tribunal nacional formarán jurisprudencia y serán consideradas como apéndices a esta Constitución".

Esto proponía yo hace tres meses.



Cetrería

= Colaboración =

Mi vuelo es con cadena,
cual vuelan los halcones.
Yo tengo allá en la tierra una mano que ordena,
mas flor de enredadera,
aroma los aceros que forman mis balcones.

No pases por mi campo
que existe cetrería,
tal vez se ha descuidado la amarra en la halconera,
las alas y las garras muy pronto te harán mía.
Y con no haber escampo
para dos en mi techo
quedarás sin amigo que te ofrende la hoja.
Y al retornar yo al vuelo que me ata a la alquería
me llevaré en las garras, tintas en sangre roja,
las albas plumas, de tu blanco pecho.

Max Jiménez.

Costa Rica y julio del 34.

¡Es infantil, ya lo sé! Otras cosas más importantes tengo yo que hacer que Constituciones; además, a mí nadie me ha pedido ni elegido para que hiciera una Constitución. Pero, por lo menos, "mi" Constitución refleja algo del estatismo moderno, que es inevitable doquier en el mundo.

Imagínese con qué hiel escribo ahora. He visto llegar, día tras día, periódicos llenos de discursos. En esta espuma se ha desvanecido el ímpetu de la Revolución. ¡Cuántos hombres caídos! ¡Cuántos prestigios liquidados! Ni tan sólo hemos tenido suerte de que haya aparecido en este espectáculo—el más nacional—un diestro nuevo. Algunos han pronunciado buenos "discursos de escritor"; pero no se ha oído retumbar el trueno de un Sinaí. Orador es aquel que convence sin tener razón. Demóstenes defendía un mal pleito. Si en la Asamblea Constituyente hubiera habido un buen orador, hubiese parecido trucha en un estanque de carpas.

El interés para la Asamblea ha desaparecido. Todos deseamos que acabe, y los mismos asambleístas brillan por su ausencia. Muchos no quieren ser reelegidos. Volverá a ser moda de una aristocraticismo literario no querer ser diputado. ¡Qué lejana aquella esperanza cuando se oía comparar nuestra Asamblea con la de Wéimar! Se pensaba llevar a El Escorial para que tuviera un ambiente castizo. Se pensaba sustituir el palacio del Congreso—¡poco digno!—por otro, que costaría sólo cinco millones. ¡Qué risa!

El Parlamento ha manifestado sólo la capacidad de un hombre digno de su cargo — ¡pobre Julián Besteiro! — Pero ¡cuántas incapacidades! Además tenemos una Constitución. ¿Dónde está? ¿En el papel o en el corazón de los ciudadanos? En Cataluña ya la definieron como redactada en la embriaguez del sueño.

En fin: sus señorías, entre sueños y vigilias, han votado este documento y con él habremos de manejarnos media docena de años. Pero no era mucho más sensato hacer lo que yo proponía en mayo. Decía: "Mándense tres Comisiones a estudiar las Constituciones modernas al extranjero, y después formen, reunidas, la ponencia que redacte la Constitución". Cuántas veces en estas sesiones nocturnas los ponentes debían decirse unos a otros, como aquellos padrinos que fueron a bautizar a un chico con la cabeza turbia, sin saber qué nombre ponerle:

—¿Y si le pusiéramos Pablo?

—¿Y si le llamáramos Pedro?

—¡Llamadlo Pocavergüenza!—dijo el padre, ofendido.

El padre aquí soy yo, y conmigo la mayoría de los españoles.

No he recortado nada de mi artículo para que se vea que me ponía pedestremente al nivel de los insensatos que fraguaban su propia ruina. Hoy creo que no insistiría en el detalle de que el Presidente de la República fuera al mismo tiempo presidente de las Cortes y creo conveniente que éstas duraran dos años, el primero de aprendizaje y el segundo ya fiscalizador. Pero insistiría en que las reuniones del Parlamento deben durar sólo un mes cada año: para aprobar y censurar—no para gobernar. La dictadura del legislativo es menos enojosa, pero mucho más ruinosa que la del Ejecutivo. Con cortes de sesiones interminables se fomenta la trituración de los partidos y el olvido de las grandes cuestiones que actualmente pueden justificar un debate parlamentario, esto es, estatismo e individualismo. Lo demás hoy son nadiñas, como dicen los portugueses. Una cámara tumultuaria proporciona la ocasión de medrar grupos sin ideología, capitaneados por un ambicioso. Varios de estos grupos coaligados por conveniencia temporal derrotan un gobierno. Los ministros han de gobernar y defenderse... Se limitan a hacer discursos. El país se cansa y reaparece el dictador ejecutivo.

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X
Suscrición mensual: ¢ 2-00

REPERTORIO AMERICANO
SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA
Desde que Garrison fundó su *Liberator* no hubo paz en la Unión: ¡cómo crecen las ideas en la tierra!—*José Martí.*

Representante en Hispanoamérica:
Alfredo Piñeyro Téllez
EXTERIOR: (El semestre, $ 3.50 (El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

México en "La Serpiente emplumada" de D. H. Lawrence

Por B. ORTIZ DE MONTELLANO

= Del excelente mensuario *El Libro y el Pueblo*. México, D. F. =

Conocí, fugazmente, a D. H. Lawrence cuando llegó a México después de recorrer dos Continentes en busca del hombre perfecto. Sus ojos claros, inquietos, como su conversación, tenían el ardor del fuego que consumía su cuerpo delgado y lacerado. Leí, después, sus novelas y algunos de sus poemas de amor. En las novelas—este género artístico que ha terminado, ¿o siempre lo fué?, por ser una pedagogía del espíritu, un deseo de modelar la conducta y el valor último del hombre—puso, Lawrence, todo su amor por la naturaleza y por la naturaleza del amor que fueron, siempre, sus preocupaciones esenciales. Lo admirable, lo artístico de su estilo, morboso si se juzga por la superficie y sin sensibilidad comprensiva, para tratar el tema suyo de las relaciones sexuales (recuérdese "El Amante de Lady Chaterlay") es la castidad y la pureza con que, sin mezclarlo ni reprimirlo, enaltece el instinto primitivo, natural y físico de la creación.

Enemigo del intelectualismo exacerbado que por oposición al instinto o por su represión, ya que superarlo es su fruto más difícil, ha hecho del hombre moderno un paciente de Freud, Lawrence visitó Australia y después México en donde probablemente esperaba encontrar el otro cabo de sus inquietudes: al hombre instintivo. En Australia, por ser un pueblo inmigrado en un continente virginal, en México, por ser un pueblo indígena y turbulento.

La sensibilidad de Lawrence se gozaba en descubrir mundos invisibles en el paisaje, en la atmósfera y en las cosas que rodean al hombre sin que éste se apercibiere. De allí el tono siempre poético de sus novelas — como podríamos señalarlo para Gabriel Miró en nuestro idioma—pero sin que fuera en Lawrense una simple necesidad metafórica o retórica sino punto de partida y base para el complemento de sus héroes, de sus acciones y conflictos, porque en la forma y el desarrollo general de sus novelas sigue, sin alterarlos visiblemente, los procedimientos de la novela tradicional.

De las obras de Lawrence "La Serpiente Emplumada" es algo más que una novela por su ritmo, por sus alucinaciones, por el contacto misterioso con la naturaleza y por la simbolización poemática de sus personajes. En esta obra reunió, quizás con mayor unidad, todas las características, las preocupaciones y la sensibilidad de su espíritu creador. En sus páginas descubrimos, por el contraste entre Kate, la protagonista inglesa y Cipriano Y. Ramón, los personajes mexicanos, todo el conflicto entre el espíritu y el instinto que norman la obra lawrenciana. No se piense que el instinto representara para Lawrence un aspecto inferior en la vida, en la verdadera vida, que el novelista quiere para el hombre, pues toda su obra no es más que el constante deseo de nivelar el hombre y el monstruo, el ángel y el demonio, tema que desde Stevenson interesa a los escritores ingleses, "guardando el equilibrio por una parte el espíritu, la conciencia, el alma y por otra el cuerpo, el instinto y todo lo que es inconsciente, todo lo que pertenece a la tierra, todo lo que es misterioso".



D. H. Lawrence

Caricatura de Kapp

En un campo distinto al del doctor Freud—nuevo doctor Fausto—Lawrence exalta y analiza el valor humano del instinto sexual, pero vayamos con cuidado al explicarnos sus ideas sobre este tema porque podríamos traicionar el puro afán de renovación y de estimación del instinto que preside el arte novelesco de Lawrence.

Ni pagano ni hedonista, su pensamien huye de la propaganda del placer sexual tanto como de su divinización: "En la actualidad, dice, es de mayor importancia la comprensión plenamente consciente del instinto sexual que el acto mismo" y más que propagandista o pedagogo de estas ideas construye en sus novelas el tipo humano de armonioso equilibrio que espera para un mundo futuro porque hasta ahora, por lo menos en el mundo civilizado del europeo, "el terror que siente el espíritu frente al cuerpo ha vuelto locos a innumerables mortales".

En el fondo de la obra de Lawrence y alrededor de este nudo central del instinto y el espíritu, se mueve una multitud de problemas religiosos, morales y metafísicos que no podríamos señalar en breve nota.

Artista de grandes y nuevas concepciones, porque aunque se piense que nada hay nuevo bajo el sol, para el artista el mundo cambia incesantemente, Lawrence abandona la perfección formal, si no le sirve para expresarse, y logra que sus novelas sean abundantes, lentas y, a veces, descuidadas, pero siempre ricas de lo que es en esencia la novela como género creador.

México, en los últimos años, ha interesado vivamente a muchos grandes escritores extranjeros que nos han visitado y que después escriben, con la libertad propia del escritor y a su manera, sus impresiones sobre nuestro país.

Lawrence en "La Serpiente Emplumada" descubrió el México que los mexicanos tratamos de destruír. Es decir, vió nuestra realidad con su fina mente de creador y con la sinceridad que le prestaba su calidad de poeta—hombre que conscientemente se da cuenta de su verdadera naturaleza—. En su favor podemos señalar sus esfuerzos constantes por determinar, en otras obras suyas, la realidad del hombre en Inglaterra—su patria—más por sus defectos que por sus virtudes. El paisaje de México, es decir, lo sensible de la naturaleza en México; el hombre de la ciudad y el campesino indígena; el problema fundamental de nuestra historia como lucha religiosa y la comprensión y el conocimiento profundo del alma indígena, datos principales para la construcción de su novela mexicana, comprueban mi afirmación.

Procuremos no indignarnos cuando en su novela organiza una nueva religión inspirada en los mitos indígenas: Quetzalcóatl y Huitzilopóxtli, encarnados en los dos protagonistas de "La Serpiente Emplumada". Lawrence es un artista, no un político; y no será fácil que alrededor del lago de Chapala, principal escenario de la obra, se realice el pensamiento de Lawrence. Pero quien quiera penetrar un poco en el alma indígena que nosotros tratamos de civilizar, en el misterio ritual de la vida del indio y en el misterio de la naturaleza que nos rodea, que siga, despacio y con cuidado, las páginas de "La Serpiente Emplumada" de Lawrence y que advierta la adivinación—podríamos llamarlo así—de la poesía que para nosotros calla en el alma del indígena y en el paisaje que lo nutre y que situando siempre la obra en el ciclo de la obra de Lawrence y relacionándola con sus postulados, advierta, si el lector preparado se da cuenta de la realidad que nos circunda, lo que el arte de Lawrence ha descubierto — sin pasión de reformista—de la verdad oculta de México y del mexicano en los siempre increíbles términos de la poesía.

Imprenta «LA TRIBUNA»